

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Reacomodos textuales

Margo Glantz



letras
para
volar

Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Reacomodos textuales



Margo Glantz

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Reacomodos textuales

Margo Glantz



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
**Coordinación General
Académica y de Innovación**

Patricia Rosas Chávez
**Dirección del Instituto
Transdisciplinar de Literacidad**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2020

Director de la colección
Fernando del Paso Morante †

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autor
Margarita Glantz Shapiro

Prólogo
Patricia Rosas Chávez

Texto introductorio
Carmen Villoro Ruiz

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

Diciembre de 2020

ISBN 978-607-547-986-6

Hecho en México
Made in Mexico



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero,

expresan un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

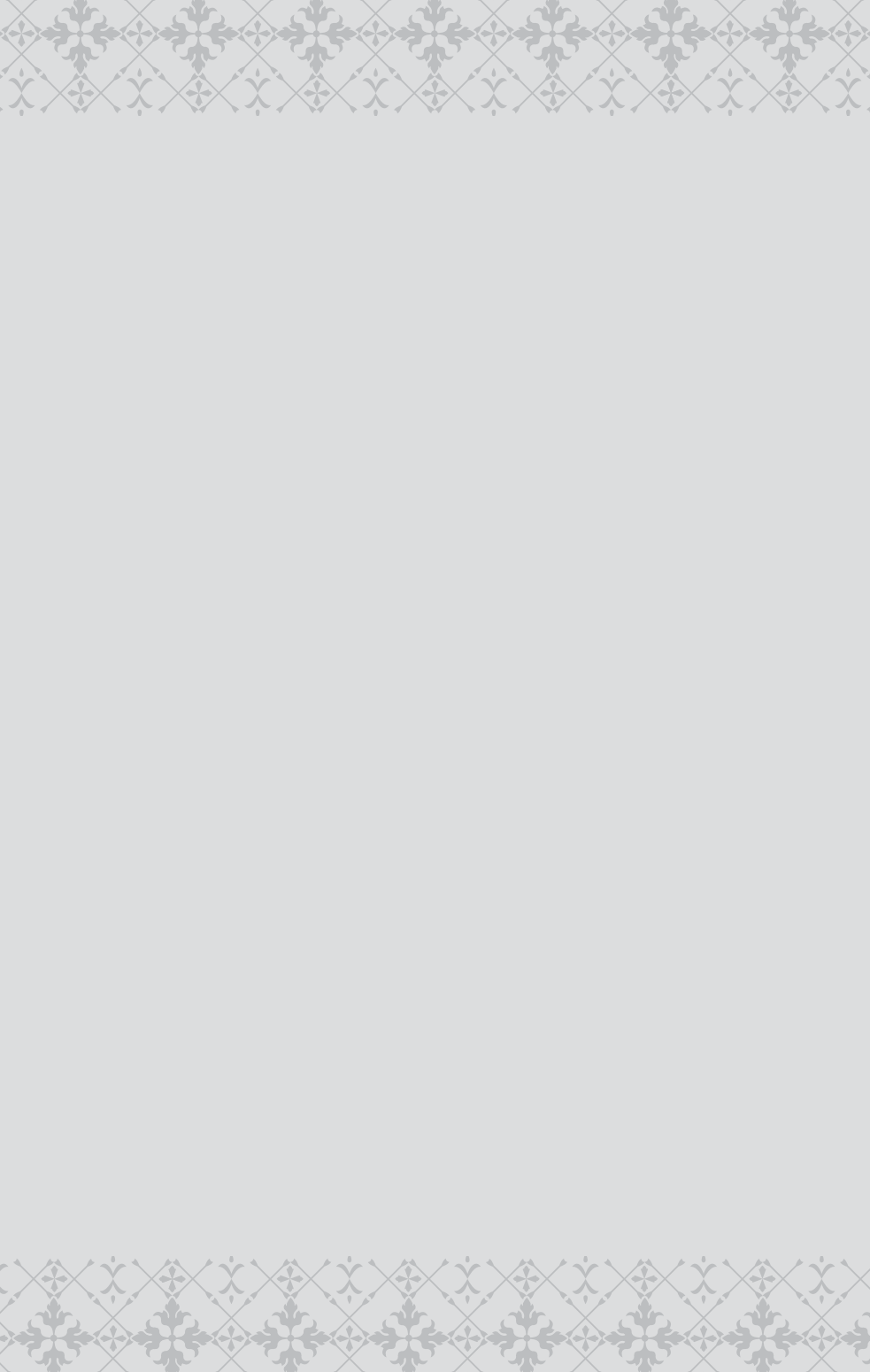
Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

9	Prólogo
11	¿Quién es Margo Glantz?
13	El caleidoscopio de Margo Glantz
16	Genealogías
44	Saña
68	El aprendizaje del genio
105	Las curiosas manos de una monja jerónima



Prólogo

Querida lectora, querido lector:

Cuando propusimos a don Fernando del Paso que esta colección de narrativa llevara su nombre, sugirió que mejor se le llamara “Caminante” en alusión al poema de Antonio Machado. Generoso como era, quiso compartir con nuestros estudiantes de la UdeG una serie de lecturas que les animaran y contribuyeran a su gusto por la lectura. Alcanzó a elegir los primeros veinte títulos. Sirva la continuidad de esta colección Caminante, que también lleva su nombre, como un merecido homenaje y agradecimiento por su legado.

Vivimos una época en la que los radicalismos se vigorizan y acentúan; la intolerancia, la falta de respeto y reconocimiento de la otredad se muestran sin pudor en forma de xenofobia, racismo, homofobia o misoginia; el estigma es su raíz y la violencia su manifestación en diversas formas. En el caso de las mujeres, pese a que representamos la mitad de la población, existe una marcada inequidad en todos los ámbitos y se padece violencia de muchos tipos que tiene su culmen en los feminicidios. Educar en la integración, la igualdad, la inclusión y el respeto implica reconocer las diferencias,

las inequidades, dar la voz y empoderar a quienes han padecido la invisibilización y el silenciamiento.

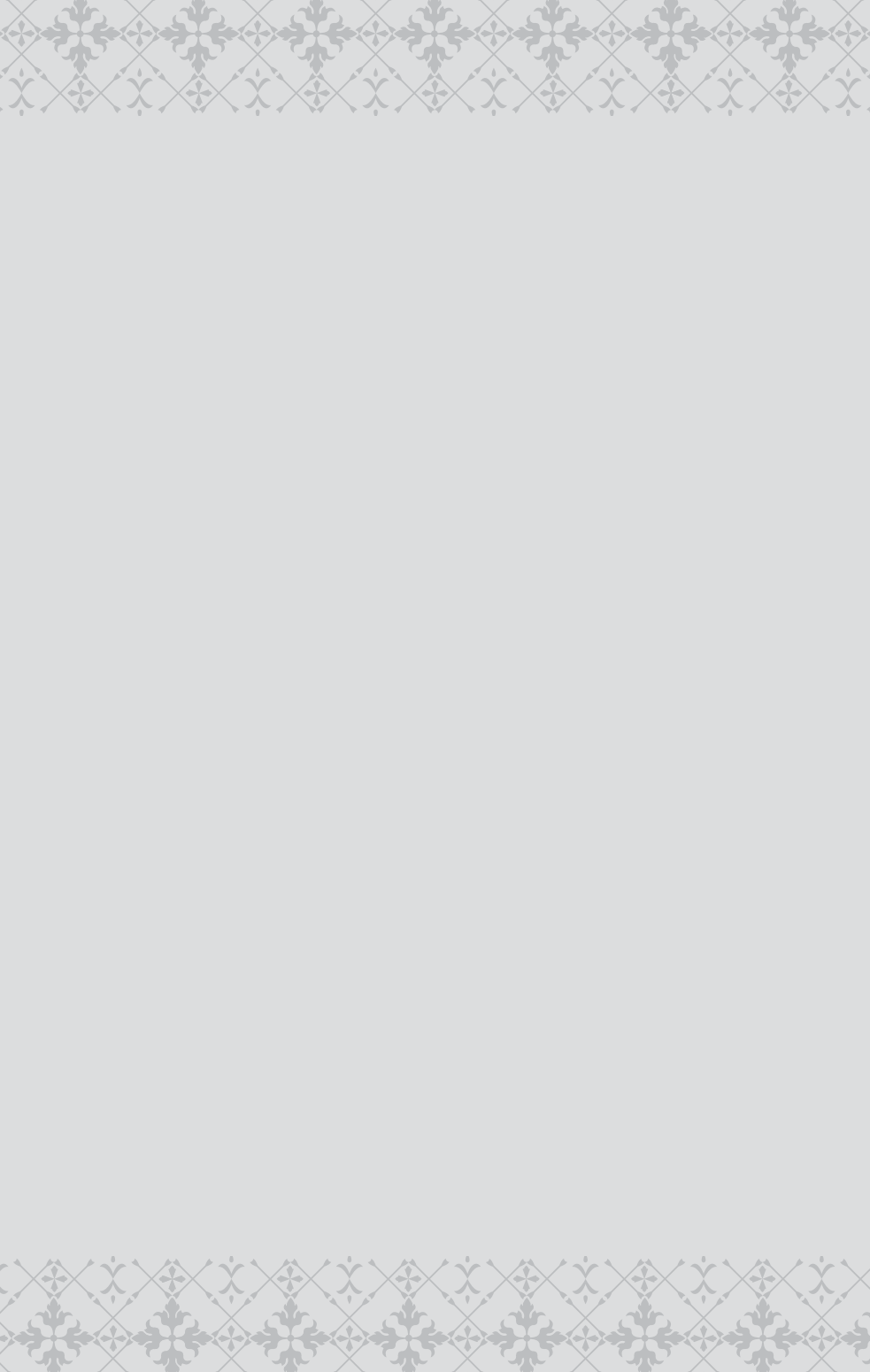
Por ello, celebro que la poeta y escritora Carmen Villoro Ruiz, en tanto coordinadora de esta colección, haya sugerido que los diez títulos que ahora presentamos sean las voces de escritoras mexicanas contemporáneas; propuesta que fue acogida con gran entusiasmo por el Comité Editorial de Letras para Volar “Se trata de la mujer de nuestro tiempo: inteligente y crítica, sensible y propositiva” Carmen *dixit*. De este modo, damos voz, empoderamos, visibilizamos y educamos en la equidad e integración. Sirva esta decisión también como un homenaje a Lucinda Ruiz Posada, cuyo activismo intenso por la justicia social brilló bajo la intensa luz de la discreción.

La excepcionalidad de estos nuevos títulos también ha estado marcada por el contexto de la pandemia causada por el COVID 19 que nos llevó a desacelerar el ritmo, como en todo el mundo; no obstante la demora, los cinco títulos que no se habían podido imprimir se materializan como ese refugio que la lectura y los libros nos brindan para no quedarnos en soledad, recabar fuerzas y continuar. Los invitamos a ampararse en las letras de nuestras perspicaces autoras de cara al panorama incierto que nos plantean la pandemia y la nueva normalidad.

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

¿Quién es Margo Glantz?

Margo Glantz es escritora, ensayista, crítica literaria y académica mexicana. Ha escrito los libros de narrativa *Las genealogías*, *De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos*, *El día de tu boda*, *Apariciones*, *Zona de derrumbe*, *El rastro*, *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*; *Saña*, entre otros, así como diversos libros de ensayo. Una buena parte de su trabajo crítico está dedicado a la obra de la poeta novohispana sor Juana Inés de la Cruz. Ha recibido el Premio Magda Donato, el Premio Xavier Villaurrutia, el Premio Sor Juana Inés de la Cruz que otorga la FIL de Guadalajara, el Premio Herralde de Novela, el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances y el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas. Es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. Varias universidades que le han otorgado el doctorado honoris causa: Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) y Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que la distinguió, en 2016, con la medalla por los 55 años de labor docente en la Facultad de Filosofía y Letras de esa institución.



El caleidoscopio de Margo Glantz

La historia de nuestros ancestros también nos pertenece. Cuando el terruño de los padres ha quedado lejos y las costumbres pertenecen a una cultura diferente a la del país en el que se ha nacido, se crece con un extrañamiento y una curiosidad que conducen a la búsqueda de “eso otro”, “eso distinto” siempre presente en el inconsciente como una identidad gemela que hay que develar. En su libro *Genealogías*, Margo Glantz indaga en sus orígenes rusos. Sus padres nacieron en una Ucrania judía que los obligó a migrar y encontraron su destino accidental en México. La infancia y juventud de los progenitores es siempre algo raro, pero entrañable. La cultura judía forma parte de la identidad de Margo: objetos, sabores, dichos que la madre y el padre le heredaron de manera obligada y natural. Entre los bienes intangibles transmitidos está el sentido del humor que perteneció al padre y antes al abuelo y que Glantz espolvorea sobre los textos en las dosis perfectas. En este primer libro, del que reproducimos aquí algunos fragmentos, la escritora se comporta como la niña que interroga a sus padres por su historia, y como la mujer que la cuestiona con agudeza. ¿Qué más?, ¿qué más?, ¿qué más?, es la pregunta de quien quiere apropiarse

de eso que le pertenece, pero que es evanescente como los sueños que se difuminan con la vigilia. Lo judío de Margo fue, sin embargo, una materia prima que se mezcló con lo mexicano, particularmente con lo chilango del D.F. del siglo xx; el barrio de La Merced, la Zona Rosa, el Palacio de Bellas Artes y la colonia Narvarte son referentes culturales en la vida de la escritora.

¿Quién es Margo Glantz? Es su presente y su pasado y la amalgama que resulta de sus lecturas, su formación escolar y universitaria, del psicoanálisis y del *bossa nova*. Es su concepción de la mujer, la vivencia del propio cuerpo, el ser hija y madre, amante y escritora. Y de todo ello nos habla su escritura, porque en la obra de Margo es imposible separar la vida y el trabajo literario. Un ejemplo de ello son los escritos testimoniales de *Saña*, en donde la autora no sólo relata o registra el suceso, asiste a él con todo su ser como una testigo presencial. Escenas terribles, crueles, inhumanas, son retratadas con una crudeza voluntariamente ingenua, con una especie de distancia entre los afectos y las imágenes, con una casi trivialidad que les confiere un mayor dramatismo. La moda y la tortura conviven, se empalman, se confunden y revelan un discurso cultural que nos aliena.

La escritura de Margo es fragmentaria. Si se trata de fotografía, sus textos habrían sido tomados en la modalidad *close up*. Ya se trate de crónica o ensayo, la autora enfoca su mirada en el detalle, en una escena, en

un fragmento de la vida. Pero esa instantánea es parte de una realidad más amplia que el lector se ve tentado a completar porque el fragmento siempre es revelador, como si fuera la clave para entender un discurso, la prueba del delito, o la pieza que completaría el rompecabezas de una escena prohibida.

Margo escribe desde su cuerpo de mujer, ahora de 90 años. Una mirada que incluye la coquetería, la sensualidad, pero que incorpora la experiencia corporal orgánica y desmitifica la imagen del género “débil y bello”, lo complejiza y lo enriquece. Su interés en la literatura femenina y, más allá, en la identidad femenina, dio lugar a muchos años de estudio de la obra y la persona de sor Juana Inés de la Cruz, trabajo ensayístico del que nos ofrece aquí dos ejemplos, uno que alude al intelecto de la monja, y otro que hace una parada *voyeurista* en las manos de esa mujer extraordinaria.

Lo raro, lo diferente, lo extraordinario, lo absurdo, hacen de la prosa inteligente de Margo Glantz una experiencia rica y singular en la que bien vale la pena sumergirse.

Carmen Villoro

Genealogías

Todos, seamos nobles o no, tenemos nuestras genealogías. Yo desciendo del Génesis, no por soberbia sino por necesidad. Mis padres nacieron en una Ucrania judía, muy diferente a la de ahora y mucho más diferente aún del México en que nací, este México, Distrito Federal, donde tuve la suerte de ver la vida entre los gritos de los marchantes de La Merced, esos marchantes a quienes mi madre miraba asombrada, vestida totalmente de blanco.

A mí no puede acusárseme, como a Isaac Bábel, de preciosismo o de biblismo, pues a diferencia de él (y de mi padre) no estudié ni el hebreo ni la *Biblia* ni el *Talmud* (porque no nací en Rusia y porque no soy varón) y, sin embargo, muchas veces me confundo pensando como Jeremías y evitando como Jonás los gritos de la ballena. Como Juana de Arco oigo voces, pero ni soy doncella ni quiero morir en la hoguera, aunque me sienta atraída por ese colorido chillón (y bello) que Shklóvski le reprochaba a Bábel cuando aún no eran viejos y que ahora recuerda con nostalgia que sí lo es (Shklóvski, porque Bábel murió en un campo de concentración en Siberia el 14 de marzo de 1941).

Quizá lo que más me atraiga de mi pasado y de mi presente judío sea la conciencia de los colorines, de lo abigarrado, de lo grotesco, esa conciencia que hace de los

judíos verdaderos gente menor con un sentido del humor mayor, por su crueldad simple, su desventurada ternura y hasta por su ocasional sinvergüenza. Me atraen esas viejas fotografías de un abonero lituano, con su barba puntiaguda (propicia a las persecuciones) y su abrigo desmesurado, mirando desde la cámara con una sonrisa “borracha y rolliza”, mientras ofrece baratijas; al lado aparece, solemne pero desaliñado, el vendedor de ropas de muerto, chacal de los corrales, porque sabe olisquear la muerte próxima de quien habrá de venderle el traje. También me atraen esos niños de *jeider* (escuela judía) que van acompañando a un abuelo, el niño sin zapatos y el abuelo con la mirada gastada y la barba blanca, pero no les pertenezco, apenas desde una parte aletargada de mí misma, la que me toca de cercanía con mi padre, niñito campesino, benjamín de una familia de emigrantes, cuya hermana mayor, Rójl, desapareció de la casa desde chica, quizá en Besarabia (tal vez en otra parte, ¡qué importa a estas alturas!) y cuyos hermanos empezaron a emigrar hacia los Estados Unidos después de los *pogroms* de 1905.

Si veo a un zapatero de Varsovia o a un sastre de Wolonin, a un portador de agua o a un barquero del Dniéper, me parece que son hermanos de mi padre, aunque sus hermanos se volvieron prósperos comerciantes en Filadelfia y cambiaron el gorrito y la barba por las ropas de los grandes almacenes, probablemente Macy’s. Sí veo a varios niños de Lublin que apenas alcanzan una mesa y se sientan, azorados, siempre con sus cachuchas, frente a

unos viejos libros, mientras el *melamed* (profesor) les señala con un marcador los caracteres hebreos, me parece también que miro a mi padre terminando las labores del campo, con los zapatos enlodados (del otro lado sus hermanos llevan zapatos Andrew Geller), sin poder jugar porque ha de aprender los mandamientos, el *Levítico*, y el *Talmud* y las ordenanzas de esas fiestas y celebraciones que me son, muchas veces, ajenas.

No tengo una infancia religiosa. Mi madre no separaba los platos y las ollas, no hacía una tajante división entre los recipientes que podían albergar carne y aquellos que se llenaban con los productos de la leche. Mi madre nunca usó, como mi abuela, esa peluca que ocultaba su pelo porque sólo el marido puede ver el pelo de su mujer legítima, y eso que mi abuela Sheine fue la segunda mujer de mi abuelo (la primera murió, ¿de parto?, no se sabe, nadie lo recuerda) y su hija Rójl, la que emigró hacia el corazón inmenso de la Rusia blanca, fue hija del primer matrimonio.

En cambio, conocí los bellos *jales* que se ofrecían en una panadería con letras hebreas orgullosas de una mercancía trenzada que se ha agregado a nuestros panes, porque un tío mío las introdujo a esta ciudad antes que su ayudante, el señor Filler, las comercializara en los supermercados. Tampoco he visto llegar a mi madre a esa misma panadería (a cualquiera de la que tenían mis dos tíos) llevando su olla de *tcholnt*, guisado de tripas, carne, papas y frijoles, y guardarla en el horno el

viernes antes de que anoheciera para que conservase el calor, el sábado a mediodía, y comer caliente la comida principal sin faltar al respeto al *sabbath*, pero sí recuerdo a mi tío Mendel rezar junto a la ventana con sus tales y su *yamelke*, pero sin patillas, y moverse al son de sus oraciones como sacudido por la risa, o más bien era yo quien se sacude de risa en esa hora larga anterior a que pasemos a la mesa, igual que ahora se sacuden de la risa mis dos hijas, mientras alguna gente de la familia canta las oraciones anteriores a la Pascua o las que santifican el viernes...

Yo sí me he metido en los hornos. En la calle de Uruguay, siempre por esas calles de nombres lagunilleros y conosureños, como premonición, y nostalgia de las posibilidades múltiples que tuvimos de emigrar a tierras desconocidas. Mi tío Guidale nos permitía entrar en el horno tibio del sábado, de donde salían esas galletitas de alma de membrillo mordisqueadas eternamente, porque mi tío sabía que mis dientes eran tiernos como los de los ratones que regalan dinero a cambio de los dientes de los niños buenos. Esas galletitas solían alternarse con unas rosquillas muy bien trenzadas de chocolate, contrastaban por su dureza con la blanda consistencia de la jalea enmarcada por una pasta inolvidable. Siempre soñé con tener una panadería y despachar panes y, cada vez que le entregara a un cliente su bolsa repleta de maravillas, comer, entre miradas de soslayo, algunas de las galletitas que se desplegaban en las vitrinas, cui-

dadosamente arregladas para deleitar a los clientes *goim* o judíos. Al lado está y sigue estando El Danubio, pero entonces no me gustaban los mariscos.

Mi madre cuenta, para remachar este hilo, la escena final de la muerte del hermano de mi papá, del tío Albert, quien en Filadelfia murió de cáncer dejando como único testamento un papel donde aseguraba que el cáncer no es hereditario.

Veo, también, desde lejos, con las venas y las vísceras alebrestadas, una imagen de mi tío Guidale llorando a su mujer, mi tía Jane, hermana de papá, tirada sobre el suelo, envuelta en una sábana muy delgada, muerta después de un cáncer muy largo, y su llanto y sus palabras son hermosas, como fueron también mis escapadas con un novio con el que andaba justo cuando estaba agonizante mi tía Mira, enferma de cáncer en el hígado, cadavérica y amarillenta como los judíos de cualquier campo de concentración, y a la que casi no fui a visitar antes de que se muriera porque prefería irme de pinta con el *goi*.

Yo tengo en mi casa algunas cosas judías, heredadas, un *shofar*, trompeta de cuerno de carnero, casi mítica, para anunciar con estridencia las murallas caídas, un candelabro de nueve velas que se utilizan cuando se conmemora otra caída de murallas durante la rebelión de los macabeos, que ya otro *goi* (como yo) cantara en México (José Emilio Pacheco). También tengo un candelabro antiguo, de Jerusalén, que mi madre me prestó y aquí se

ha quedado, pero el candelabro aparece al lado de algunos santos populares, unas réplicas de ídolos prehispánicos (el que me las vendió dice que son auténticos, pero Luis Prieto los ve, se moja los dedos en saliva, los tienta y dice que no), unos retablos, unos exvotos, monstruos de Michoacán, entre los que se cuenta una pasión de Cristo con sus diablos. Por ellos, y porque pongo árbol de Navidad, me dice mi cuñado Abel que no parezco judía, porque los judíos les tienen, como nuestros primos hermanos los árabes, horror a las imágenes. Y todo es mío y no lo es y parezco judía y no lo parezco y por eso escribo —éestas— mis genealogías.

I

Prendo la grabadora (con todos los agravantes, asegura mi padre) e inicio una grabación histórica, o al menos me lo parece y a algunos amigos. Quizá fije el recuerdo. Mi madre me ofrece *blíntzes* (crepas) con crema (el queso lo hace sobre todo ahora que ya no tiene un restaurant que atender y mi padre hace poesía “muy interesante”). Le pregunto acerca de su infancia y Jacobo Glantz contesta:

—Jugaba, comía y les buscaba el *pupik* (ombligo) a las niñas. Nadie me ombligaba.

—¿Qué edad tenías?

—La edad media.

Continúo preguntando y hago la pregunta obligatoria:

—¿A qué se dedicaba tu papá?

—Se dedicaba a cuidar las vacas, los caballos, el campo y a hacer niños.

—¿Cuántos niños hizo?

—Creo que los hizo solo, porque en aquella época no se usaban los ayudantes, la producción era manual. Éramos cinco hijos y cuatro hermanas.

Mi padre provenía de una región de estepas ucranianas donde se habían fundado colonias agrícolas para los judíos, cerca de un afluente —“influyente” dice papá— del río Don, al que le cantan los cosacos, junto con el Volga, canciones que mi papá cantaba, cuando yo era niña, como si fuera un cantor negro (tenor).

Mi madre, en cambio, vivía en Odesa y su padre era importador de cosas “exóticas”: mandarinas, naranjas, limones, cacahuates, piedra pómez, quizá vino negro de Quíos, tabaco, ¿de Virginia?, y una piedra azul, “no sé para qué servía y muchas otras cosas”.

—¿Desde dónde venían las cosas?

—De Italia, de Chipre los cacahuates, de Singapur...

—¿De qué país es Singapur?

—Chingapur —interviene riendo mi padre.

Los demás también reímos como tontos. Se oye el ruido de los cubiertos sobre el plato de *blintzes*, sobre los vasos de cristal de pepita (y los portavasos de plata), mi padre le echa cinco cucharaditas de azúcar al té y yo aprovecho para insistir:

—¿De dónde más traían las cosas?

—¿El ajonjolí? De Turquía; no me acuerdo, no me interesaba mucho, tenía yo diez años como Renata, fue antes de la guerra, apenas escuchaba. Recuerdo una tragedia: llegó una vez un barco con un cargamento importante de naranjas, desde Italia, y todas las naranjas estaban podridas, tuvieron que echarlas al mar y los pescaditos tomaron jugo de naranja.

—Pero eso fue en Odesa y tú me contaste que cuando muy chica no vivías allí, sino en el campo, muy lejos de la ciudad.

—Mis abuelos maternos eran abastecedores de ingenios de azúcar en Grushka, ingenios de remolacha.

—¿Qué quieres decir con eso, que producían el betabel y se lo vendían a los ingenios?

—Mis bisabuelos y mis abuelos rentaban los campos de remolacha y compraban la cosecha y luego la vendían a los dueños de los ingenios. Tenían además ganado y aprovisionaban a la gente del pueblo de carne y lana. El río se rentaba, además.

—¿Cómo?, ¿rentaban el río?

Uno está acostumbrado a que la tierra se diera en arriendo, pero nunca había oído antes que un río se rentase.

—El río producía carpas que mis abuelos vendían a los campesinos, pescadores y comerciantes al mismo tiempo. Mi padre lo sabe todo e interviene:

—Los padres de tu mamá vendían arenque.

Mamá guarda silencio un rato y luego dice: “eran carpas de agua dulce”.

La dulzura de las carpas se combina con la de los ingenios, con la de las mermeladas de fresa dentro del té, que está hirviendo.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—Mis dos abuelos tenían plantaciones de betabel y concertaron la boda: fue una alianza de ingenios.

Mis abuelos maternos emigraron a la ciudad porque el zar les prohibió a los judíos vivir de los productos del campo. Mis abuelos paternos vivieron en una pequeña colonia agrícola, porque el zar les concedió a los judíos de otras regiones vivir de la agricultura. Las dos ramas de la familia eran contemporáneas...

II

Mi fuerte nunca ha sido la geografía, siempre confundo los ríos del norte con los del sur y sobre todo los que se salen de cauce americano, y eso que mi madre se llama Elizabeth Mijáilovna Shapiro y mi padre Jacob Osherovich Glantz, en privado, y para sus amigos Lucia y Nucia o Yánkl y Lúcinka, a veces Yasha o Luci, y en Rusia, él Ben Osher, y mamá Liza. Esta constatación (y la pronunciación adecuada de los nombres, cosa que casi nunca ocurre) me hacen sentir personaje de Dostoievski y entender algo de mis contradicciones, por aquello del alma rusa encimada al alma mexicana.

Yáinkl nació en Novo Vitebsk, en el sur de Ucrania, pueblo fundado con las sobras de Vitebsk, no lejos de Polonia, cuando este país estaba desmembrado y los rusos eran dueños de esa comarca. El zar Alejandro II concedió tierras a los judíos para que se dedicaran a la vida agrícola, porque las estepas ucranianas estaban deshabitadas o eran visitadas por grupos nómadas. La colonia de mi padre constaba de trescientas o trescientas cincuenta familias y hubo alguna vez nueve familias alemanas que les enseñaron a cultivar la tierra, hacia mediados del siglo pasado, cuando mi bisabuelo Mótl llegó a esa comarca despoblada a fundar la casa que luego sería de mi padre. Yáinkl confunde muchas cosas, trastruca fechas y cambia imágenes, habla del humor y alegría de sus familiares conocidos en toda la comarca, ejemplificados solamente por consejas, como la que dice que mi bisabuelo Mótl era muy inteligente y aconsejó a los miembros de la aldea que pidieran tierra hacia lo hondo y no hacia lo ancho. El pueblo de mi bisabuelo estaba en Bielorrusia.

—Bielorrusia, sí, Rusia blanca —asiente papá—, *bieli* quiere decir blanco. Hay también Malirrusia, la Rusia chica, Ucrania, Lituania, Letonia, que estaban pegadas, Minsk, Kovno, Pinsk, Vilna, etcétera. Mi mamá vino de Cremenchug, ciudad importante de Ucrania; procedencia que he conocido apenas hace unos días, porque mi madre encontró entre los numerosos y revueltos papeles de mi padre un certificado de mi abuela que marca con cuidado el día de su nacimiento, el 17 de mayo de 1864, y su ciudad natal. Mi padre anuncia ante el estupor

de mi madre que no lo sabía, que él también nació en Cremenchug de donde salió a la edad de tres semanas. Su hermano Leibele, muerto de viruelas a los tres años y menor que mi padre, nació en la aldea de Novo Vitebsk. Mamá y yo nos miramos asombradas, la duda permanece porque los datos varían cada vez que se le da cuerda al recuerdo. No importa, las capas de la memoria se montan sobre la escritura como se montaba el techo de dos aguas sobre la casa de mi padre, casa con pequeñas ventanas “como ojitos y cejas grandes; los ojos formados por el techo de paja, hecho de dos pedazos de madera sobrepuesta en pico, ¿entiendes?, en el triángulo que formaban los dos techos había paja, y cuando había *pogroms* me escondían allí; abajo, la *kluniá*, el granero”.

A lo lejos, o alrededor, a donde quiera que se mire, siempre la estepa. Esa estepa tan admirada por Chéjov y por Gógol, esa estepa que le hace escribir un poema a mi padre cuando nace Lilly, mi hermana mayor:

Extrañas son para mí las montañas de nieve eterna,
como son extrañas para mi niña las planicies de Ucrania.

III

Los padres de mi madre nacieron en comarca de ingenios de remolacha y de ríos poblados por carpas de agua dulce que no llegan hasta el Volga; en cambio,

los cosacos del Don sí tienen que ver con mis antepasados. Los padres de mi madre se casaron por decisión de la familia.

—Éramos de la Podólskaya Gubernia, como quien dice del estado de Podol, provincia de Ucrania, mi padre de Grushka y mi madre de Ustia. Los dos abuelos, abastecedores de ingenios; como en aquel tiempo se buscaba que los novios fueran de la misma procedencia, no querían que fuesen hijos de artesanos. Por eso, cuando me casé con tu papá, el mío me dijo que debía indagar si no era hijo de zapatero o de sastre y yo le dije: —“¿Qué importa?” “Tú no sabes —me respondió—, éstos tratan mal a la gente.”

Siempre hay justicia poética. Durante la revolución, el hermano mayor de mamá, Ben Zion, trabajó de zapatero en un pueblito de Ucrania, hoy desaparecido del mapa.

La boda se concertó cuando ambos contrayentes tenían quince años y los casaron cuando tenían dieciocho días de conocerse. En ese pueblo nació mi madre y todos sus hermanos, eran siete, y ella la penúltima. El menor murió muy joven, Aliosha, peleando al lado de los bolcheviques. Salieron mis abuelos del Podol cuando mi madre tenía alrededor de ocho años, hacia 1910, porque un decreto del zar prohibió que en esa región hubiese campesinos judíos. Mis abuelos emigraron a Odesa, centro judío importante, y mi abuelo Mijaíl fue durante un tiempo encargado de una fábrica de conservas de unos tíos muy ricos que luego se fueron a

Moscú. Más tarde se asoció para crear una empresa de exportación e importación con un primo de mi madre, Zalman Weisser, corresponsal extranjero que sabía varias lenguas: italiano, francés, inglés, alemán...

—¿Español, también?

—No, en ese entonces se usaba poco.

—¿La fábrica de los otros tíos qué conservaba?

—Sardinas, creo también que jitomates, muchas latas; Odesa era un puerto de macarelas, de todo tipo de sardinas.

Mis abuelos vivían en la Ievréskaya Ulitzá, 21, o calle de los hebreos (y, efectivamente, estaba llena de judíos) y al final tenía una gran sinagoga y junto a la casa de mis abuelos una editorial muy conocida, la del gran poeta judío Biálik y su colega Rovnitzki.

—Era una calle arbolada, llena de acacias y de *seere-ñ(es)*: árbol grande con una florecita morada, parecida al hueledenoche, por su olor y su forma. Bella calle perfumada. Al lado de los árboles no ponían cemento, sino piedritas muy pequeñas y afiladas. Allí me caí una vez y no podía levantarme porque me sangraban las rodillas, lloré y en ese momento pasaban Biálik y Rovnitzki, me oyeron y me llevaron con mi mamá, así cargada...

—¿Quién te cargó, Biálik o Rovnitzki?

—No me acuerdo; mi mamá se asustó mucho. Biálik era un hombre ya grande, bajito, muy agradable, no guapo, pero agradable, y Rovnitzki era alto, delgado, flaquito, bastante mayor y siempre llevaba un sombrero de paja, de eso

me acuerdo todavía, fíjate... Biálik, Jaim Najman Biálik, el poeta nacional judío, quien escribió después del *pogrom* del año 5, después de la primera revolución fallida, *La ciudad de la matanza*. Allí imprecaba a los jóvenes judíos que permitieron a los cosacos violar muchachas y matar judíos. Claro, si no se hubiesen escondido los hubiesen matado a ellos. Su poema fue traducido al ruso y a otros idiomas. Una gran protesta. La mamá de mi cuñada Sara fue asesinada en ese *pogrom*, estaba en la casa, sentada en su silla de ruedas porque era paralítica, y llegaron los cosacos y empezaron a saquear y todos huyeron y se escondieron porque eran jóvenes y fuertes, pero la señora no se podía mover y la mataron nomás porque sí. Los cosacos servían para la protección nacional.

—¿ ... ?

—Les daban lo que querían para que estuvieran contentos. Sobre todo y después de una revuelta como la del 5. ¿Qué podía haber en las aldeas judías, además de un candelabro del sábado?

—No eran judíos —dijo de repente mi padre—, estaban jodidos.

IV

Para entender la fisonomía y la psicología de mi abuelo paterno basta con leer a Bashevis Singer; mientras, digamos que su vida transcurría, como debe de ser, entre

nacimientos de hijos, trabajos del campo y ceremonias religiosas, y, algunas veces excepcionales, solía caer en trances filosóficos: se trataba de una filosofía muy simple, casi confuciana.

Mi abuelo Osher era “un poco más que chaparro, ¿importa?”, guapo de ojos azules; mi abuela Sheine era tan bonita como su nombre, de ojos oscuros, el pelo no se le veía porque usaba peluca excepto para su marido, aunque era oscuro, porque cuando murió, “como a los 78 años”, no tenía ninguna cana; fue guapa también y muy bajita. Los abuelos maternos son más o menos exactos que los abuelos paternos, con excepción de la estatura de mi abuelo Mijaíl que era muy alto y el color de la barba de mi abuelo Osher que era roja, como la de mi sobrino Ariel, en fin de cuentas parecido a los personajes de Babel, “hombre sencillo y sin picardías”, aunque todos los pelirrojos eran considerados como hombres irascibles y violentos, Osher Glantz no lo era, quizá lo salvaba el tono rubio claro del pelo de su cabeza.

En casa de mi padre se comía todo lo que comían los campesinos rusos, separando cuidadosamente (eso sí) la carne de la leche; por eso mi padre asegura que los niños judíos de teta no son judíos *kosher*, pues mezclan sabiamente las dos cosas. Esa forma de comer, absolutamente religiosa, obligó a mi abuela, cuando vino a México, a no permanecer en casa de mis padres porque la comida era *treif* (impura).

—¿Te acuerdas de tu papá?

—Era buena gente.

—¿Qué más?

—Pobre.

—Pero, ¿qué más?

—Pobre. Tenía dos caballos, un caballito o potrito, dos vacas, una ternerita, unas treinta gallinas, un gallo, una casa con piso de tierra y techo de paja y en la puerta un letrero que

decía “empuje”.

—¿En yidish?

—En yidish.

—¿Qué más?

—¿Qué más?

—Sí, ¿qué más?

—¿Por qué dices que era pobre, si tenía tantos animalitos?

—Era una pobreza diferente, una vida humilde, sobre todo si comparas cómo se vive aquí.

—Y, ¿almohadones de pluma tenías?

—Sí, la cama de mis padres era muy alta y tenía muchos cojines de pluma de ganso. Había un cuarto muy grande a la entrada, una mesa con bancos, y, al lado derecho, el horno, y mamá estaba sentada en el suelo y cosía y, después, más adelante, otro cuarto con otra cama alta, la de mis padres. Después dos recámaras de los muchachos con camas altas y muchos cojines de plumas y la ternerita recién nacida estaba en la casa

y cuando nació brincaba, lo mismo que el potrillo. El caballo era amarillo, el otro blanco. ¡Tonterías!, ¿para qué cuento?

Mi madre y mi padre en 1917

(De repente me violenta una nostalgia, la de esos colchones de pluma que mi madre trajo como dote a México, sobre los que nos echábamos y hundíamos los domingos por la mañana para jugar con papá, quien luego nos cortaba las uñas de los pies.)

—¿Tenía sentido del humor?

—¿Quién, papá? Mucho. Una vez que discutían los campesinos con los delegados del *Prikáz* (delegación agraria) para que les dieran más tierra, les dijo: “No peleen, si no les dan tierra a lo ancho, pídanla hacia abajo, con eso basta”. Yo tenía doce años cuando pasó sus últimos meses de vida. Me acuerdo cuando él iba al pueblo y yo quería ir y no me dejaba y yo lo perseguía más de un kilómetro.

—¿Por fin te llevaba?

—Sí, en el furgón, carro de cuatro ruedas y tablas y unos sacos llenos de mies que mi padre traía del campo a la casa para dar de comer a las gallinas. Antes lo llevaba al molino.

—¿Para qué?

—Para molerlo. ¿No sabes? Hay que moler el trigo para hacer harina.

—¿De quién era el molino?

—Del viento y del pueblo.

—¿Qué iba a hacer tu padre al pueblo?

—Compraba cosas para la casa, comida. Era la feria; los caballos cabeceaban y mi padre les daba trigo. Papá era muy fino, entre siembra y siembra cuando no había nada que hacer en el campo iba al pueblo y cambiaba los vidrios de las ventanas.

—Y, ¿tus hermanos qué hacían?

—Mira y Jane vivieron conmigo largo tiempo; mi hermano Moishe Itzjok se fue a los Estados Unidos junto con mi hermano Abréml (Albert); ellos trabajaban también en el campo. Abraham estuvo tres años y medio en el ejército del zar. En Estados Unidos, en Filadelfia estaban los hermanos mayores Elis, Meier, Leie, desde 1906. Los menores se fueron unos meses después de muerto mi padre en 1915.

—¿Ustedes por qué no se fueron?

—Mi mamá no podía irse, tenía su casa, su yunta, el carro, ¿cómo los iba a dejar? Cuando se fueron mis hermanos, Mira y Jane trabajaron en el campo, sobre todo Mira, que era muy fuerte y responsable. Como yo era chico iba al *jéider*.

—¿Al *jéider*?

—Sí, a la escuela judía, desde los tres años íbamos allí, y ya aprendíamos el orden de las oraciones, pero antes el alfabeto hebreo. En la tercera fase, a la edad de trece años, cuando murió papá, leíamos el *Talmud*. Luego, si éramos buenos estudiantes, podíamos ir a la

Yeshiva, universidad hebrea, pero yo tuve que ir a las minas de carbón para ayudar en mi casa. Entre los campesinos había un *rebe* (un profesor), tenía como veinte muchachos en el *jéider*, nos sentábamos en una mesa larga, larga, y cantábamos la *Biblia*, y él, sentado allí, se dormía y los niños le pegaban la barba en la mesa con pegol y luego se la tenía que arrancar con piel y todo.

V

No te bañes nunca en el mismo río o no dejes que el agua te llegue a los aparejos o cuando el agua suena agua trae, podrían ser proverbios que casen con algunas formas de baño.

El abuelo de mi padre, "*Mótl der gueler*", "Manuel, el amarillo", digo yo —"no, corrige mamá— el pelirrojo", llegó de Vitebsk —cerca de Polonia— a una aldea cerca de Odesa —Novo Vitebsk—, fundada por un decreto del zar Alejandro 11, "un zar bueno" que más tarde fue asesinado por los terroristas, entre los que se encontraba aquella Vera Figner que fabricaba bombas a pesar de provenir de una familia de la alta clase media, y quien, como más tarde mi madre, quería estudiar medicina en Rusia en una época antediluviana, 1872, y sólo pudo hacerlo en el extranjero, en Suiza.

Mótl el *Pelirrojo* tuvo siete hijos, uno de ellos mi abuelo Osher, y otro, el tío Kalmen, asesinado en un *pogrom*.

—La colonia agrícola estaba dividida en dos partes, por en medio pasaba el río y a la mera orilla estaba el baño público.

—¿No había baños en las casas?

—No, los hombres iban los viernes a bañarse.

—Y, ¿las mujeres?

—Las mujeres tenían la *mikveh*, es que cuando la mujer tenía su tiempo, cuando terminaba su tiempo, iba a la *mikveh* y quedaba *kosher* para su marido.

La escuela de mi padre, el *jéider*, estaba al lado de los baños públicos. De día los niños ayudaban en el campo y de noche estudiaban, y a eso de las 9 salían rumbo a sus casas y pasaban junto a los baños públicos, habitados, según la leyenda por los *sheidem*, demonios (los que no son buenos). Mi padre pasaba agarrado de la mano del *rebe* y una noche, al atravesar el puente divisorio, advirtió una cosa blanca en la oscuridad. Yánkele empezó a llorar, aterrado, y no quiso moverse de su sitio. El rabino lo empujó y lo obligó a acercarse al bulto: un hermoso caballo blanco de larga crin y modales humanos.

Estas imágenes permanecen, persisten, repetitivas, y su blancura se inserta en las inmigraciones.

En las casas había baños, mejor, palanganas, pero para bañarse como debía de ser, para las fiestas, para el *sabbath*, había baños públicos. El cuidador del baño de hombres no era judío, era *goi*, la cuidadora de la *mikveh*, piscina ritual para mujeres, era, naturalmente, judía. El

mujik atendía el baño de los hombres y les daba masaje, además solía azotarlos con deleite y con escobillas. Era una especie de baño turco con ribetes de baños sauna.

Los judíos no podían dedicarse a cuidar los baños. Parece reminiscencia de esa prohibición talmúdica que impedía a los judíos dedicarse a la barbería, prohibición que perdió a Sansón a manos de Dalila. Es más, según el *Talmud*, ser barbero era profesión indigna y ningún padre podía enseñarla a sus hijos. De acuerdo con los *Midrashim*, comentarios talmúdicos, el villano Hamán, aquel que tiranizó a los judíos y fue castigado gracias a la reina Esther (dando origen a la fiesta de *Purim*), ejerció la profesión de barbero durante veinte años “Yo sí me enorgullezco de mi pelo”, dice papá, porque del lado de mi padre hubo pelirrojos y el rey David tuvo fama de serlo. Mi madre no demostraba estar muy orgullosa del color de los cabellos de mi familia porque cuando nació mi hermana Lilly, la mayor de esta dinastía mexicana, lo primero que preguntó no fue si era niño o niña, preguntó:

—¿No es pelirrojo?

—No, es una niña güera (habrá contestado la partera).

La bañadora de las mujeres sí era judía, les cortaba las uñas y las hacía entrar siete veces a una tina y luego a una pileta muy grande, bastante profunda, con varios escalones para que pudieran sumergirse hasta lo hondo. La pileta se llamaba purgatorio y la cuidadora decidía cuándo la señora ya estaba purificada, *kosher*.

—La *mikveh*, como un pozo, siempre con agua fresca.

Los dos padres hablan y hablan y las siete veces en que la mujer se oculta, se sumerge, cubre su cabeza para purgar su sangre derramada, se convierten en cuarenta y nueve.

—¿Qué hacen las mujeres judías para bañarse en México?

—Hay algunas que van a la *mikveh* y otras no.

—Tu hermana Lilly fue antes de casarse.

Experiencia que yo no he compartido con ella porque contrahe matrimonio(s) fuera de la especie.

Los judíos se diferenciaban de los pueblos vecinos durante los tiempos bíblicos, entre otras cosas por la forma como se bañaban y por la forma como se cortaban los cabellos. Las mujeres tenían que ocultarlos. Quizás el excesivo libertinaje de las costumbres actuales se deba a que los cabellos se exhiben al aire y a que los baños públicos de purificación han pasado de moda.

XXIII

—Nunca he leído más en mi vida, he leído tres libros desde ayer, son muy buenos. ¿Los conoces? *Los hijos de Abrom*, claro, todos somos hijos... ¿Qué?, ¿que quieres viajar en avión el día 13? No, Margo, el día 13 no se viaja, se viaja el 12 o el 14. Te prohíbo que viajes el día 13.

—¿Eso de dónde lo sacas, papá?

—De nadie. Me lo enseñó mi mamá. En día 13 nunca se viaja.

Me gusta una bella fotografía de época, color sepia, alineadas las figuras, caras dulces y confiadas, caras de fotos que ya nunca se contemplan. Son los *shifbrider*, los hermanos de barco, porque además de hermanos de leche uno puede tener muchas otras clases de hermanos y éstos son de barco. Se han retratado en Ámsterdam, todos vienen a América, todos son judíos, algunos de Polonia, otros de Rusia, hay un *goi*, un no judío, es polaco, nada lo diferencia de los demás, tiene una mirada tan gentil como la de los otros. El barco holandés *Spaardam* —en él se embarcaron en Rotterdam— es casi un gueto. Algunos de los compañeros fueron hasta los Estados Unidos, otros se quedaron en Cuba y otros llegaron a México, uno se perdió en provincia, otro regresó a Rusia, otro se fue a Israel y otro llegó hasta Australia.

—Tuve una amiga durante el viaje —dice mamá—, me hablaba mucho de su hermano que estaba en México, decía que le iba muy bien, que era muy rico. Cuando llegamos lo conocimos, era cobrador de un Roma-Mérida. Sí, era poco, pero tú no sabes lo que eran los Roma-Mérida entonces, eran más chiquitos que una carreta de bueyes y el cobrador daba vueltas alrededor del camión cada vez que se paraba y repetía: “Roma-Mérida, Roma-Mérida”, luego entregaba los boletos.

—En Ámsterdam me sentí feliz —dice papá—, todo estaba limpio.

—Teníamos muy poco dinero y teníamos mucho miedo.

—¿Y por qué no fueron ustedes hasta los Estados Unidos con los otros pasajeros?

—No podíamos. Pensamos bajarnos en Cuba, esperar un tiempo allí hasta recibir el permiso de los americanos. Entonces sólo mi mamá podía entrar a los Estados Unidos, los hijos no; siempre pensamos que iríamos a Filadelfia a reunirnos con la familia.

Al llegar a La Habana, a mitad del mes de mayo, ya por la noche, decidieron bajar del barco y pasear por la ciudad.

—Hacía tanto calor —aclara papá—, la noche estaba tan negra y los negros eran tan negros, con los ojos brillantes y los dientes blancos, tan blancos, que me asusté. ¡Qué calor! ¡Una barbaridad!

Decidimos irnos a México para ver si allá el clima era normal y también porque estaba más cerca de los Estados Unidos.

En Rusia el verano era caliente y corto, el invierno blanco, largo, tan blanco como los dientes de los negros.

En Veracruz pudieron desembarcar, sin visa, sin otra cosa que un dinero que el *zeil meister* del barco holandés les prestó. El barco cargaba cerca de trescientos cincuenta inmigrantes. El contramaestre les prestó 200 dólares para que los enseñaran en la aduana, dólares de inmediato devueltos para que pudiera prestarlos a otros pasajeros que

tampoco tenían dinero. En Veracruz, el 14 de mayo de 1925, desembarcaron mis padres. Al día siguiente, se vieron en tren hasta la Ciudad de México. Ese maniqueísmo espantado fue la causa de mi nacionalidad.

XXIV

Los pasaportes eran largas hojas, tamaño oficio, escritas por los dos lados, con un retrato de un joven, muy joven, idéntico a mi sobrino Ariel que sonríe con los ojos y que es mi padre, un adolescente que se casó con mi madre y emigró con ella, de repente, como relámpago (así deben haberlo sentido mis abuelos) hacia tierras lejanas y tropicales de las que nunca regresó. Para salir de Rusia mi papá tuvo que dar también algunos *tcherbontzes* de oro con los que pudo dobligar su edad una vez y aumentarla otra: la edad límite oscilaba entre veinte años o veinticuatro, él tenía veintidós. En una ocasión dos monedas de oro le otorgaron un nacimiento cabalístico y redondo como el fin del siglo: el oro lo colocó del otro lado, justo en 1899, diciembre. Otra vez, el oro lo situó en un número menos uniforme y menos significativo, en 1904. Triunfó el fin de siglo y mi papá llegó a México con un pasaporte que ostenta la primera fecha. Mis padres salieron para Moscú donde estuvieron dos meses, de enero a marzo de 1925, se alojaron en casa de una pariente de mi madre que albergaba *kom-*

somoles: era una casa transformada en caserna, casi en hospital o en gimnasio, con las camas divididas unas de otras por cortinas hechas con sábanas. Allí se quedaron de contrabando. En Moscú le ofrecieron a mi padre un puesto administrativo al que tenía derecho por ser de ascendencia proletaria, procedía de una colonia agrícola y se había dedicado a las labores del campo. Mi padre prefirió salir rumbo a América donde le esperaban sus parientes y a la que llegaría luego, en noviembre de 1925, su madre. Al llegar a Riga en ferrocarril se enteraron de que la frontera de los Estados Unidos ya no era libre y decidieron irse para Cuba: era muy fácil y barato. Pasaron por Berlín, y en Ámsterdam los esperaban representantes de una organización internacional judía, la *Haias*, para proporcionarles alojamiento y algo de dinero. Mi madre vendió sus vestidos en Moscú, y con ese dinero salieron para América.

—¿Pensabas que ibas a regresar a Rusia alguna vez?

—No. La salida de Rusia entonces era libre. Tu tío todavía pudo salir en el 28, sí, tu tío Volodia. Eran los comienzos del régimen de Stalin.

—Yo todavía recuerdo a Trotski cuando pasó por Odesa, rumbo a Crimea, iba envuelto en una gran capa —dice papá.

—Sí, en Ámsterdam, no, no era Ámsterdam, era Rotterdam, allí me enfermé, creo que de calentura, y el representante de la *Haias* me trajo unas cápsulas de aceite de ricino, tan gordas que no se podían tragar. En México

las guardé durante muchos años como recuerdo. Al final de nuestra estancia en ese puerto llegó ese cheque del que te hablé, y los demás, todos contentos, llegaron a avisarnos que llegó dinero, porque todos los demás tenían dinero. El barco se detuvo en Santander, último puerto antes de La Habana, y allí vimos que la mayoría de la gente, casi todos, no iba a Cuba sino a México, entonces cambiamos nuestro viaje porque costaba 10 dólares más el pasaje y 4 dólares una visa, y por eso llegamos a México. Aquí no podíamos entrar sin demostrar que teníamos cada uno 100 dólares por lo menos para desembarcar, y entonces fue cuando el contramaestre, el *zeil meister*, el segundo de a bordo, me entregó un paquete con 200 dólares para papá y para mí. Por fin, con 15 dólares desembarcamos aquí, hacía mucho calor y entonces sí, me sentí muy sola, no conocíamos a nadie, y me asusté, yo llevaba un vestido muy elegante de *georgette* negro que había comprado con parte del dinero que nos habían enviado los parientes a Rotterdam, ese vestido que llevo en el retrato, el de los *shif brider*, y cuando viajamos en el tren hacía mucho frío, ya sabes cuando se sube hacia México, era el 15 de mayo, y entonces encontrarnos, primero que nadie, en Córdoba, Kurtchanski que subió, ya sabes, el papá de Kurtchanski...

—Mmm, sí.

—Iba como *peddler*, ya sabes, como abonero, con corbatas, y con moñitos, parecía como un diablo, y lo primero que nos dijo:

—No digan que son judíos, digan que son alemanes.

—¿Por qué?

—Pues podíamos decir que éramos rusos y no alemanes, y no sé por qué, yo me sentí muy feo porque yo no hablaba alemán para decir que yo hablo alemán. Llegamos a México y nos recibió el representante de la *Bnei Brith*. Ellos tenían un dormitorio para solteros, pero como nosotros llegamos casados tuvimos que ir a un hotel, y... este, como sólo teníamos 15 dólares alquilamos un cuarto que costaba 35 pesos al mes, muy caro para aquel entonces, y 15 dólares fueron 34 pesos, entonces pagamos sólo dos semanas y nos quedamos allí.

—Y, ¿qué comían?

—Pues, comíamos... teníamos derecho de cocina. Salía a comprar bolillos, a dos por cinco y un poco de carne molida y hacía *kokleten*, y así vivíamos. No sé si nos daban algo del *Bnei Brith*, no sé.

—Me imagino, si no, ¿cómo comían?

—Nos llegó luego un cheque por 5 dólares de la familia, ya sabes, pensaban que estábamos en los Estados Unidos y que pronto podíamos ir a trabajar a una fábrica. Cuando abrí la carta y vi que eran 5 dólares, entonces me sentí perdida.

Crematorios

Las piras arden, el humo se levanta, el olor se esparce. Entre las callejuelas espléndidas pero devastadas de uno de los barrios aledaños, pequeños altares en casi todas las esquinas, con toscas estatuas de colores estruendosos, adornadas con guirnaldas de flores rojas y amarillas. Impúdica-mente, una mujer vestida con un sari color bermellón reza, llora e increpa a Shiva; varios fieles impiden el acceso a un conjunto de templos; las perras sarnosas dejan caer sus tetas purulentas; desde una tienda donde venden sedas se contempla la cúpula dorada de una mezquita. Ha habido, dice alguien, reyertas entre hindúes y musulmanes.

El paraíso

La belleza física y la bondad del hombre americano maravillan a Colón. Su asombro llena las páginas de sus diarios y las de sus comentaristas. Las nuevas tierras son dignas de la imaginación esplendorosa del otro mundo medieval: los árboles producen diamantes, esmeraldas y zafiros y en los ríos el agua es amarilla porque está lle-

na de pepitas de oro. Como nuestros primeros padres Adán y Eva, el indio vive en la inocencia primordial: son los indios cándidos, hermosos y van desnudos.

Pero ningún hombre soporta el Paraíso. Colón trueca cascabeles por pedazos de oro, recibe calabazas y papagayos y se apodera de algunos indios para confirmar sus descubrimientos y exhibirlos en la Corte española. Fáciles de cautivar, los indios mansos serán los nuevos súbditos de los Reyes Católicos, porque esta gente es muy simple en armas, dice, y bastan cincuenta españoles para cautivarlos.

Cosmética

Naomi Campbell aparece en la portada de una revista de modas vestida de cuero ¿o es plástico? negro con un brassier superpuesto, los cabellos pintados de un rojo zanahoria, los labios delineados, y en el centro, subrayando su carnosidad, un ligero brillo más tenue; los ojos asimismo delineados con lápiz gris plateado; en los párpados, otro brillo suave, blanquecino, ilumina la mirada, haciendo juego con los labios. En suma, todo en ella brilla: el traje, el corpiño colocado artísticamente encima del traje pseudo espacial, la cara, la boca, el pelo, los ojos.

El retrato tiene un título: ¿Son mujeres las súper modelos? ¿Usted qué cree? ¿Serán mujeres? ¿Serán las modelos, como se agrega en el subtítulo, el último mito de este nuevo siglo?

Las modelos son bellas y ricas, sus caprichos ocupan las primeras páginas de los diarios y un intento (falso) de suicidio, como el de la Campbell (Naomi esta vez y no la lata de sopa que inmortalizó Andy Warhol), en un lujoso hotel español, se vuelve noticia internacional. Esta noticia parece ser más importante que cualquier problema político o una guerra local, como también pareció serlo el asesinato de otro magnate de la moda, Gianni Versace, acribillado a tiros cuando entraba en su lujosa casa de Florida, poco antes de la gran exhibición de modas que había preparado y donde Naomi Campbell sería una de las principales figuras. Esta verificación subraya que en una época como la nuestra las jerarquías se disuelven y suelen ponerse en el mismo saco asuntos de vida o muerte, masacres, crímenes políticos, grandes hambrunas, destrucciones ecológicas, junto con chismes de sociedad, la guerra de Irak, las intervenciones quirúrgicas de los poderosos, las exhibiciones de modas con fotografías de Mario Testino, las funciones de gala y de caridad para los niños pobres del antiguo Congo, las subastas de obras de arte (entre ellas, algunas adquiridas de manera sospechosa en época de los nazis, un Kirchner, por ejemplo), algunos textos literarios y otros comportamientos de factura e intención muy desiguales.

¿Caos informático? ¿Pueden delimitarse las jerarquías si no existe previamente un orden?

Sabiduría

Ahora recuerdo al poeta y narrador suizo Robert Walser, por ejemplo. En especial uno de sus textos intitulado *Kleist en Thonon*; allí se revela la angustia del escritor que ha decidido encerrarse en un lugar aislado, sólo para escribir, y la imposibilidad que tiene para hacerlo: la grandeza del paisaje lo abruma, por su belleza imposible de describir. Walser mismo acaba formando parte del cuento, su propia angustia la resiente Kleist, sabe además explicar los sentimientos y la incomprensión de su hermana, perfectamente adaptada a una sociedad como la alemana que el poeta es incapaz de soportar.

¿Por qué no escribe usted?, le preguntaron un día a Walser.

Vine a este sanatorio para estar loco, no para escribir, contestó.

Un funcionario ejemplar

El perfil que se esboza a lo largo de las treinta y dos sesiones de su proceso, durante las cuales Eichmann responde sucesivamente a las preguntas de su abogado y a las del procurador de la Corte, no es el de un perverso sádico, ni el de un *serial killer* antisemita, sino el de un hombre mediocre, hecho para obedecer, perfectamente metódico y eficaz. Cuando contesta, se pone

respetuosamente de pie, piensa con detenimiento cada una de sus respuestas y las expresa como si se tratara de un informe minucioso, elaborado con cuidado detrás de los gruesos cristales de sus lentes, subraya que lo único que hizo fue obedecer ciegamente las órdenes recibidas, es decir, cumplir con su misión de burócrata nazi ejemplar. Su lógica de empleado modelo pretende distanciar cualquier culpabilidad bajo el pretexto de un juramento inapelable de obediencia.

El horror del holocausto se pone de relieve con mayor eficacia gracias a la sobriedad del testimonio y a la sabia organización del material de la película *Un funcionario ejemplar* de los cineastas Eyal Sivan y Rony Brauman: exhibe y distancia los datos más extremos, a la manera de esa instalación de Boltanski que en el Museo del Judaísmo de París inscribe simplemente sobre un muro, como si fueran los nombres de las calles, las de los deportados que antes de serlo habían vivido en el Marais, el barrio judío de la ciudad. Eichmann era un hombre ordinario y, sin embargo, este hecho no implica que si todos fuéramos Eichmann en potencia, todos seríamos culpables, corroboran Sivan y Brauman. Confundir esa culpabilidad potencial con una falta o un crimen reales es descalificar de entrada la posibilidad misma de la justicia. Si todo el mundo es criminal, nadie lo es en realidad y es eso lo que Eichmann trataba de demostrar, agregan los documentalistas.

Hablando moralmente, sentencia Hannah Arendt, es casi tan grave sentirse culpable cuando no se ha hecho nada malo, como sentirse inocente cuando se es culpable. ¿Un problema de conciencia?, pregunta el juez. No, responde Eichmann, yo diría más bien que era una especie de desdoblamiento. Un desdoblamiento vivido conscientemente que nos hace transitar con indiferencia de un lado a otro... y viceversa.

Manitas

Joseph Hoffmann, uno de los pianistas más admirados por Glenn Gould, tenía unas manos muy pequeñas (como Scriabin), tanto, que la compañía Steinway mandó fabricar un instrumento hecho expresamente a su medida. A los once años, sus padres lo obligaban a tocar en salas de conciertos.

Dos siglos antes, Leopold Mozart recorría con su niño prodigio las cortes europeas más elegantes. El mecenas de Hoffmann, Alfred Corning Clark, le ofreció a Hoffmann cincuenta mil dólares para que se dedicara a estudiar y perfeccionara su extraordinario talento. Tan grande era que otro pianista célebre, Sergei Rachmáninov, escribió en su honor el Concierto para piano N° 3. Hoffmann nunca pudo tocarlo, la obra había sido concebida para las manos de un pianista ordinario.

Por la fuerza con que tocaba el piano, se pensaba que las muñecas de Jorge Bolet eran de acero. Parecería que la grandeza humana se encuentra allí donde lo infantil —ridículo o encantador— coincide con la oscura crueldad de los adultos, escribió alguna vez Bataille.

Diseño

Me sorprendió saber que el apelativo histórico del emperador Calígula —en realidad, Cayo César Augusto Románico— proviene de caliga, nombre con que se designaba su calzado favorito, un tipo de sandalias usadas por los legionarios romanos, cuyas suelas se decoraban con tachuelas doradas, siguiendo patrones diversos como distintivo de cada legión. Las emperatrices romanas llevaban sofisticadas sandalias de suela de oro y tiras recubiertas de joyas preciosas, antecedente de las descotadas sandalias de altísimo tacón —tipo Manolo Blahnik—, signos distintivos e indispensables hoy de la alta costura.

No puedo menos que recordar una línea de calzado inventada y patentada por Ferragamo durante la Segunda Guerra Mundial, conocida como el zapato invisible, cuyo cuerpo está formado por hilos de nailon unidos en el centro a una tira vertical de piel —roja, dorada, verde, rosa, morada—, contrastan los colores inexistentes del nailon con la tira perforada central, la

plataforma de cuerpo oscuro y el tacón de cuña, estilo diseñado y bautizado por este artífice; sus materiales, el corcho o la madera forrada de piel, a veces coloreada del mismo tono que la correa y la tira transversal donde convergían los numerosos, elegantes y finísimos hilos que dejaban el pie casi a la intemperie.

Piénsese que en el siglo XVI Teresa de Ávila —o de Jesús— provocó un cisma en la Iglesia católica al imponer como regla el uso de austeras sandalias para reformar la orden de los carmelitas descalzos y que las prostitutas romanas decoraban la suela de sus sandalias con la palabra *Sígueme*: dejaban su huella sobre la arena.

Cloaca máxima

¿No es curioso? Coinciden en el tiempo la preocupación por la limpieza del lenguaje y la reglamentación de las fosas sépticas.

¿La política de la lengua con la política de la mierda?

En *El elogio de la sombra*, Tanizaki dice, entre otras cosas, que extraña esos lugares antiguos y sombríos donde se cagaba, antes de que los norteamericanos — los puritanos por antonomasia — se apoderasen de ese sitio y lo convirtiesen en un lugar saludable, deslumbrante, casi siempre blanco.

Hay que descargar el lenguaje como se descarga el vientre, apunta Ronsard.

Deformaciones

Los primeros zapatos usados en la Europa moderna aparecieron —obviamente— en las cortes francesas, en los siglos XIII y XV. Los ciudadanos llamaron primero *brodequins pointus*, y después *à la poulaine*, a una especie de zapatillas puntiagudas hechas con pieles y telas traídas del Oriente. Dada la aceptación de este nuevo accesorio, Felipe el Hermoso en Francia y Eduardo III de Inglaterra establecieron, a principios del siglo XIV, varias medidas de la punta de las polainas para distinguir a las diferentes clases sociales: las de un príncipe tenían puntas de más de dos pies de largo; las de un barón eran de dos pies; las de un caballero de pie y medio; y las de la gente del pueblo, de medio pie solamente.

Sin comentarios.

Más tarde, el monarca francés Carlos VIII prohibió su uso. ¿Por qué? Tenía los pies tan deformes que no podía usar ese calzado puntiagudo, y así fue como instituyó los zapatos de punta cuadrada y totalmente chata.

Un día de enero

A medida que nos llamaban, nos desvestíamos, explica Charlotte Delbo, miembro de la resistencia francesa, prisionera política en Auschwitz; metíamos nuestra ropa en una valija que habíamos marcado con nuestros

nombres. Una vez desnudas, entrábamos en una pieza donde una prisionera nos cortaba con tijeras los cabellos. El pelo corto, a ras del cráneo. Otra nos rasuraba el pubis. Una tercera nos embarraba la cabeza y el pubis con un trapo empapado en petróleo. La desinfección. Después la ducha: no había agua... Buscaba a mis amigas y no las reconocía. Desnuda y rasurada ninguna era la misma...

Polvo eres...

En la radio y en los periódicos una noticia: en un crematorio del estado de Georgia, Estados Unidos, se han encontrado cadáveres abandonados desde hace más de veinte años, algunos están aún en pleno período de descomposición: sus deudos habían recibido las urnas con las cenizas reglamentarias rellenas solamente con cal y tierra vulgar.

La belleza extrema de la mirada

Dios decidió que el cuerpo fuera visible y el alma invisible. Y sometió el cuerpo, sobre todo el femenino, a la mirada. Y esa mirada fue inconforme, exigente, severa, también volátil, una mirada que ordena, altera, clasifica: mutila. El cuerpo femenino se desnuda o se viste

según los designios de la moda, las transformaciones culturales o las infinitas mutaciones del deseo.

En la sala del Museo Metropolitano de Nueva York destinada a la historia del vestido, una exposición temporal: Belleza extrema. Doy un rápido paseo por la historia del cuerpo: la Venus de Willendorf (¿robusta?, ¿esteatopígica?, ¿reproducción *avant la lettre* de una joven norteamericana que sólo come comida chatarra?) y las más recientes creaciones de Saint Laurent o Armani; cubren los huesos de las modelos anoréxicas cuyos delgados tobillos e inexistentes caderas enloquecen de amor a sus contemporáneos.

De las sesenta y nueve modelos que han pasado por la báscula de la Pasarela Cibeles 2007, cinco fueron rechazadas por tener un peso excesivamente bajo, al dar un índice de masa corporal inferior a dieciocho, exigido por la organización.

El cuerpo vestido sufre las alteraciones de los ciclos de la moda, ese eterno retorno de la novedad y la obsolescencia. Esa volatilidad, esa voluble alternancia, altera de raíz no sólo la vestimenta sino la estructura misma de los cuerpos. Un ejemplo privilegiado: el pecho femenino cuyas múltiples reencarnaciones e investiduras lo aprisionan, lo exaltan, lo aplanan, lo encorsetan, lo dejan suelto, ¿en total libertad?

Centro ferroviario

De la estación central de Cracovia salen los autobuses y los trenes para Auschwitz, Oswiecim (en polaco). A las afueras del campo una fábrica de ladrillos y un anuncio que me sobresalta: Muzeum Auschwitz. En el estacionamiento grandes autobuses de turismo con grupos de todas las nacionalidades, alemanes, polacos, norteamericanos, japoneses, franceses, italianos, jóvenes scouts de todos los países. Al entrar al campo el conocido letrero *Arbeit macht frei*: el trabajo libera. En una pequeña plaza, junto a la cocina, la orquesta del campo tocaba para agilizar las entradas y las salidas de los prisioneros.

Cada holocausto, se lee en una de las salas, debajo del retrato de Hans Mayer, empieza con la violación de los derechos humanos y termina en las cámaras de gas. Recorro pasillos larguísimos con retratos de prisioneros sin cabellos, ropas rayadas, ojos desmesurados, una mujer rapada es idéntica a Kafka; no lejos, las letrinas, los lavaderos; dentro, las celdas de castigo, las horcas portátiles, los montones de cabello, los zapatos, los anteojos, las valijas, los cepillos de dientes, las dentaduras.

En Birkenau (Brzezinka), lugar estratégico (uno de los más importantes centros ferroviarios de la región), las alambradas, las vías del tren a donde llegaban los vagones cargados de deportados, seleccionados de inmediato, algunos para el trabajo, el resto —la inmensa mayoría— a las cámaras de gas e incinerados en los cuatro

crematorios medio derruidos por los alemanes en su precipitada huida del campo cuando fue liberado; un paredón para las ejecuciones, un estanque de cenizas humanas y varios barracones con tres pisos de literas y colchones de paja. Un monumento para las víctimas, varias lápidas enormes en todos los idiomas de los condenados. Deposito un guijarro en la lápida que ostenta caracteres en hebreo, otro (los he tomado del crematorio más cercano), en la que se lee una oración en ladino.

Me muero de hambre, llevo en el bolsillo una manzana. Soy incapaz de comérmela, ¿cómo hacerlo en un campo de exterminio?

Higiene elemental

Los verdugos cuidan de las cuchillas de la guillotina como los barberos cuidan de sus navajas de afeitar. Tal delicadeza con el instrumental parece estar justificada, aparte de los gustos personales de cada uno, por la exigencia profesional que garantiza en todo momento un buen funcionamiento y unos buenos resultados. El criminalista Enrico Ferri vio con sus propios ojos, a principios del siglo xx, cómo el verdugo Deibler extraía con infinitas precauciones de un estuche de terciopelo la cuchilla que iba a usar un momento después.

Turguénev pudo ver cómo el verdugo, en una doble ejecución, limpiaba la cuchilla con una esponja antes de

volverla a lo alto de la máquina infame: esta minucia, dijo, me disgustó por encima de todo y me hizo sentir más íntimamente el horror de este estúpido medio de hacer justicia.

Paisaje con pareja

Él es feo, chiquito, regordete, con el cuerpo mal formado, la cara redonda, descolorido, calvo, con manchas en el cráneo; ella guapa, bastante elegante, parecería pasiva, pero es la que manda: él tiembla cuando ella se enoja. Contemplan abortos junto a mí los árboles enfermos de la plaza de la Corregidora en Querétaro, una araucaria de ramas enchinadas en sucesión caótica y deprimente, como los peinados de las burócratas de rango mediano, al lado, un pino rarísimo, grisáceo, con plaga.

En la Sierra Gorda, en Tolimán, los cerros, las superficies rocosas, piedras pequeñas, simples protuberancias, como barro en la cara; plantas muy delgaditas, casi arañas, verde tierno y espinas; muchos cactus, yucas, palmeras, órganos solitarios y en racimo.

Tratado de urología

La primera vez que fui a Florencia más de treinta hombres orinaban contra la pared de la sinagoga de la ciudad, hace muchos años, un día en que llovía.

¿Una versión sacrílega del Muro de las Lamentaciones?

Pasa el tiempo, salen arrugas, vienen achaques: los del protomédico de Felipe II: tenía un problema urinario; le empezó en la tierra caliente mexicana.

Rousseau, él mismo lo confiesa, fue muy tímido; padecía además de los riñones: no estaba hecho para la vida cortesana.

Cuando Luis XVI, enamorado de su ópera *El adivino de la aldea*, le ofreció una pensión vitalicia como compositor en residencia, decidió alejarse para siempre de la corte de Versalles, reemplazar sus ropas elegantes por sueltas túnicas orientales, vivir en el campo y orinar como perro en todos los matorrales.

Acoso

Cazar es la acción de buscar, seguir, acosar y perseguir a los animales, para rendirlos o sujetarlos el hombre o la mujer a su dominio, lo que se ejecuta con lazos, armas, trampas y otras invenciones. Cazar quiere decir también alcanzar y obtener. Caza mayor significa aprehender reses mayores como jabalíes, venados, ciervos, hombres o lobos, a diferencia de la caza menor, en la que sólo se atrapan animales pequeños como los conejos, las liebres, las perdices o las palomas.

Juicio sumario

Antes de ser condenado a morir en la horca, Rudolf Franz Ferdinand Hess, comandante de Auschwitz, padre de cinco hijos y nacido en 1900 en Baden-Baden, escribió sus memorias, con el objeto de hacer acto de contrición.

Fue acusado de haber causado la muerte de:

a) Cerca de trescientas mil personas encerradas en el campo en calidad de prisioneros registrados.

b) Cerca de cuatro millones de personas, principalmente judíos, llevados al campo en furgones procedentes de distintos países, con el fin específico de exterminarlos y que no figuran en los registros del campo.

c) Cerca de doce mil prisioneros de guerra soviéticos encerrados en el campo contra las leyes del derecho internacional, según el régimen de prisioneros de guerra.

d) También de matar por asfixia a los condenados en los campos de gas; por fusilamiento y en casos particulares en la horca; por aplicar inyecciones mortales de fenol o por experiencias médicas que condujeron a la muerte a los reclusos; por la privación sistemática y gradual de alimentos; por la creación en el campo de condiciones de vida especiales que ocasionaron una mortalidad general; por un trabajo excesivo impuesto a los prisioneros y por la manera bestial de tratarlos, causándoles la muerte instantánea o graves lesiones corporales.

- e) Por exterminar a todas las madres junto a sus hijos.
- f) Y por torturas físicas y morales.

Al terminar el juicio, el fiscal lo declara culpable y se excusa por no dar lectura a los miles de legajos que conforman el proceso.

¿Está usted de acuerdo en que bajo sus órdenes se exterminaron en Auschwitz cuatro millones de personas?

Según mis cálculos, fueron solamente dos millones y medio. Con todo, acepto mi culpabilidad, contestó Hess.

Divina comedia

La muerte tardaba entre diez y quince minutos, explicaba. El momento más terrible era cuando se abría la cámara de gas: la visión era insostenible: la gente comprimida como si fuera de basalto, en bloques compactos de piedra. ¡Cómo se desplomaban fuera de las cámaras de gas! Era lo más duro de soportar, a eso no se acostumbra uno jamás. Era imposible. Sí, hay que imaginárselo: el gas comenzaba a actuar, se propagaba de abajo hacia arriba. Y en el terrible combate que se entablaba —pues era eso, un combate— la luz se cortaba en las cámaras de gas, estaba oscuro y no se veía nada, y los más fuertes querían subir, subir cada vez más alto. Quizá sentían que a medida que subían, menos les

faltaba el aire y podían respirar mejor. Empezaba una batalla. Todos se precipitaban al mismo tiempo hacia la puerta, para forzarla: un instinto irreprimible en ese combate contra la muerte. Y es por ello que los niños más débiles y los viejos se encontraban abajo y los más fuertes encima. En esa lucha el padre ya no sabía si su hijo estaba allí, debajo de él.

¿Y cuando abrían las puertas? Caían como bloques de piedra, una avalancha de gruesos bloques precipitándose de un camión. Y el lugar de donde partía el gas zyklón estaba vacío. En el lugar donde estaban los cristales no quedaba nadie. Sólo ese espacio vacío. Probablemente, las víctimas sentían que en ese lugar actuaba menos el gas. En la oscuridad se producía una debacle. Peleaban entre sí, sucios, manchados, malheridos, les salía sangre de los oídos y la nariz ... :

Filip Müller, Sonderkommando, sobreviviente de cinco ejecuciones en Auschwitz.

Y el ser humano arde muy bien ...

Franz Suchomel, ex ss de Auschwitz.

Malabarismos

Fuimos a cenar a la Hostería de Santo Domingo con una amiga que hablaba solamente de sus aventuras amorosas en barrios deleznales, de los diversos ejercicios eróticos que ejecutaba sobre una alfombra y en

la cama (desvencijada y harapienta, en un cuartucho pobrísimo), con un muchacho elástico que no pesaba nada, y luego con otro, un karateca, que en cambio pesaba mucho. También lo hice con el médico de guardia, dijo, después de una operación de la columna vertebral.

Recuerda también sus amores con un alto funcionario que compraba colchas de alpaca para sus proezas amoratorias; y quien antes de hacer el amor trepaba a un pedestal para cantar las arias de sus óperas preferidas frente a sus amantes. Era alto, descolorido y oriental, lustroso, engolado. Le gustaban las mujeres altas y rubias, de rostro perfecto, de cutis sonrosado, el que en Inglaterra se conoce como *english complexion*.

Cuento de hadas

Hubo alguna vez una ciudad polaca llamada Oswiecim, con su castillo, varias iglesias, el amplio mercado medieval y una sinagoga. Fundada en 1270 por los alemanes, vivieron allí hasta 1457. Varios siglos después la recuperaron y se convirtió en el centro simbólico de la Alemania Oriental, a partir de 1940.

Fue entonces y a la vez una ciudad modelo y un campo de concentración con sus barracas, sus cámaras de gas, su crematorio y amplios espacios para trabajos forzados, hoy se la conoce solamente como

Auschwitz-Birkenau, quizá también como Oswiecim, próspero pueblecito cercano al campo.

Aviso oportuno

Los letreros con un contenido extremo en contra de los judíos se eliminaron durante la Olimpiada de Berlín, para evitar que los visitantes extranjeros recibieran una mala impresión. Sólo permanecieron algunos letreros. Los leo:

Aquí no son bienvenidos los judíos.

29-1-1936

Los niños judíos no pueden jugar con los niños arios.

15-3-1937

Los empleados de correos que estén casados con judías deben ser cesados inmediatamente.

8-9-1937

Durante un *pogrom* bien organizado fueron asesinados en Berlín muchos judíos, devastadas sus tiendas y sinagogas. Miles de ellos fueron transportados a los campos de concentración donde murieron en las cámaras de gas.

18-11-1938

En los libros sagrados de los judíos se prohíbe la cremación.

Recuerdos de infancia

Georges Perec hubiese debido apellidarse Peretz como su antecesor, el otro gran escritor que se expresaba en yidish, o como su propio padre, judío polaco. Aunque Perec sea sobre todo un escritor francés, su nombre conservó la impronta ortográfica eslava.

Elijo su obra, a manera de parábola o quizá hasta de metáfora. El padre Icek Judko Perec, soldado del ejército francés, muere en 1940 a consecuencias de una herida en el vientre cuando combatía a los alemanes; la madre, Cyrla Perec, desaparece en 1942 y muere en Auschwitz; tres de sus abuelos desaparecen también, quizá allí mismo. Durante la guerra el niño es rescatado por la Cruz Roja y enviado a un internado en un pueblo pequeño: en 1945 es adoptado por una hermana de su padre y educado en París.

Desde 1955, Perec escoge deliberadamente la profesión de escritor, es decir, la escritura como posibilidad de sobrevivencia. Su escritura tendrá que reflexionar de una manera u otra sobre ese horror, el de la deportación y la desaparición, de las que Auschwitz sería el paradigma:

No sé si tengo algo que decir, sé que no digo nada, balbucea en *W* o *El recuerdo de la infancia*, novela de aventuras que sigue a la vez el modelo de Raymond Roussel y el de Julio Verne: alegoría también de los campos de exterminio:

No sé si lo que tuviera que decir no se dice porque es indecible (lo indecible no está agazapado debajo de la escritura, es lo que la ha hecho estallar); sé que lo que digo es vacío, neutro, signo de una aniquilación total.

Es eso lo que digo, es eso lo que escribo y es eso y solamente eso lo que se encuentra en las palabras que trazo y en las líneas que esas palabras designan y en los blancos que deja aparecer el intervalo entre las líneas; aunque pudiera detectar mis lapsus... solo encontraré el último reflejo de una palabra ausente a la escritura, el escándalo de su silencio y de mi silencio.

No escribo para decir que no diré nada. Escribo: escribo porque vivimos juntos, porque fui uno entre ellos, sombra entre sus sombras, cuerpo cerca de sus cuerpos; escribo porque ellos dejaron en mí su marca indeleble y su huella es la escritura, su recuerdo está muerto a ella, pero la escritura es el recuerdo de su muerte y la afirmación de mi vida.

Y Levi, por su parte, concluye: Lo decible es preferible a lo indecible, la palabra humana, al gruñido animal.

Feminidad extrema

Los judíos perdieron sus oficios, sus empresas, sus ahorros y sus fondos, sus salarios, su derecho a la alimentación y al alojamiento, y para finalizar, sus últimas posesiones personales, su ropa íntima, sus dientes de oro, y

las mujeres, su cabellera, explica Hilberg en un famoso libro sobre el exterminio.

Al día siguiente de haber entrado a Birkenau, observa Primo Levi, las diferencias entre los sexos ya eran sorprendentes. Los hombres con sombreros de alas mutiladas y pantalones o abrigos demasiado cortos, largos, anchos o demasiado pequeños, parecían tristes y negras cigüeñas. En menos de veinticuatro horas, las mujeres habían logrado ajustar a su medida la ropa que les había sido distribuida al azar y remendar los agujeros, utilizando como agujas astillas de madera y el hilo que arrancaban de la única sábana que les había tocado en suerte.

Una prisionera nos arrojaba una camisa, comenta Charlotte Delbo, prisionera política en Auschwitz, un calzón, una bufanda, un babero, medias o zapatos. Las camisas y los calzones estaban manchados de sangre, de pus, de diarrea. También los vestidos. Había liendres en las costuras... Ahora, dijo una de mis amigas, vamos a recoger los zapatos. Trata de encontrar algunos que sean impermeables, no importa que sean grandes o pequeños. El calzado es lo más importante en el campo... salir sin zapatos cuando pasan lista significa la muerte.

Integridad

La santidad es la virtud de Dios, su raíz significa separar y completar.

Es abominable mezclar lo puro con lo impuro.

Es más, la idea de santidad se expresa de manera externa, física: la integridad del cuerpo es una exigencia.

El cuerpo era visto como el receptáculo perfecto de la creación divina, entre los antiguos hebreos.

Esta noción de integridad, de totalidad, alcanza lo social: una vez empezadas las cosas importantes jamás deberían permanecer inconclusas.

Basta ensañarse para lograrlo.

El aprendizaje del genio

A) Sor Juana, ingeniosísima mujer

Grande fue la celebridad de sor Juana mientras vivió. Tanto, que su primer biógrafo, el padre Diego Calleja, afirmaba en su “Aprobación” o censura para el tercer tomo de sus obras completas, *Fama y obras póstumas*, que, a su muerte, la religiosa deja “llenas las dos Españas con la opinión de su admirable sabiduría”.

Y es evidente que fue así. Pero, ¿de qué estaba compuesta esa fama? ¿De qué sustancia estuvo hecha? ¿Qué conjunción de elementos pudo forjarla? ¿Cuenta entre ellos el hecho de que hubiese nacido mujer? ¿Cómo vivió, y cuáles fueron sus primordiales ocupaciones? ¿Fue mayor su sabiduría o su arte? Trataré de contestar a esas y a otras preguntas a lo largo de este texto, y para hacerlo me apoyaré en su propia obra y en las de sus contemporáneos. Antes de intentarlo con mayor profundidad, trazando un retrato compuesto de sus propias palabras y de quienes la conocieron, insertaré una breve semblanza de la monja con algunos datos históricos que, aunque bien conocidos, nos permitirán situarla más fácilmente en su contexto. Sirvan a manera de ayuda-memoria.

Parece cierto que Juana de Asbaje o Juana Ramírez nació en 1648 (aunque pudiera ser que, como ella afirmaba, hubiese nacido en 1651), en Nepantla, y murió el 17 de abril de 1695 en la Ciudad de México. “Hija de la Iglesia” y, por tanto, ilegítima, su padre, ¿de origen vascongado?, como ella misma asegura, fue el capitán don Pedro Manuel de Asuaje y Vargas Machuca, al que probablemente apenas conoció.¹ Su madre, una criolla analfabeta, Isabel Ramírez de Santillana, muerta en 1688, cuyos abuelos habían nacido en San Lúcar de Barrameda, y hermana del tatarabuelo de Pedro Alzate y Ramírez, célebre científico de finales de la Colonia. Doña Isabel nació en Yecapixtla, Puebla, y, aunque iletrada, siempre mostró una grande habilidad para la administración de las tierras que heredó de don Pedro Ramírez, su padre, “en segunda vida”, esto es, “la hacienda y casa de su morada nombrada Panoayán”,² donde Juana Inés pasó su niñez. Doña Isabel tuvo seis hijos, las tres primeras con Pedro de Asbaje o Asuaje: doña María, doña Josefa María y la que con el tiempo se convertiría en la madre Jua-

.....

¹ Antonio Alatorre afirma que el nombre del padre era Asuaje y no Asbaje. En Alatorre, Antonio, “Sor Juana y los hombres”, *Estudios*, num. 7, México, ITAM, 1986 (p.7).

² Heredar en “segunda vida” significaba tener derecho a usufructuar una hacienda mientras se viviera, para dársela luego a sus sucesores. Ramírez España, Guillermo, *La familia de sor Juana. Documentos inéditos*, México, Imprenta Universitaria, 1947.

na Inés de la Cruz; y con su segunda pareja, don Diego Ruiz Lozano, otros tres hijos ilegítimos, don Diego, doña Antonia y doña Inés.

Juana estudia en Amecameca sus primeras letras y en la biblioteca de su abuelo en Panoayán prosigue su educación; a los ocho años rima una loa eucarística, para la fiesta del Santísimo Sacramento, dato atestiguado, dice Calleja, por el fraile dominicano Francisco Muñoz, vicario del convento de Amecameca. Desde muy joven es enviada a la capital a casa de su tía materna María Ramírez, casada con don Juan de Mata. De allí se traslada, adolescente, a la corte, donde es apadrinada por los entonces virreyes, marqueses de Mancera, a cuyo palacio entra Juana Inés “con [el] título de muy querida de la señora virreina”.³

Después de tomar veinte lecciones de latín con el bachiller Martín de Olivas, subvencionadas, como ella misma asevera, por su confesor Antonio Núñez de Miranda, e impulsada por él, decide tomar el hábito de novicia en 1667, en el convento de Carmelitas Descalzas de San José, donde permanece solamente tres meses, incapacitada por una grave enfermedad para soportar la austera severidad de ese claustro. En 1669 profesa en San Jerónimo donde permaneció hasta su muerte acaecida en 1695.

.....
³ AP, s. f.

Muy pocas obras publicó sor Juana durante los primeros diez años de su enclaustramiento. Deducimos por la “Carta al padre Núñez”, fechada quizá hacia 1680,⁴ que su época de mayor libertad y gran productividad se genera cuando, después de escribir el texto del *Neptuno alegórico*, arco erigido para celebrar la llegada de los nuevos virreyes, el marqués de la Laguna y su esposa, se convierte en su favorita, y ella puede permitirse despedir a su director espiritual, el jesuita Antonio Núñez de Miranda. Gracias a esa protección, y sobre todo a la de doña María Luisa Manrique de Lara, condesa de Paredes, esposa del virrey, se promueve la edición de sus obras completas, cuyo primer tomo se publica en Madrid, en 1689, con el barroco y elogioso nombre de *Inundación castálida*.⁵

En 1692 sale el segundo tomo de sus obras, donde aparece, entre otras cosas, su obras dramáticas *El Divino Narciso* y *Los empeños de una casa*, la *Carta atenagórica* y un extraordinario poema, del que aclara, en su “Respuesta a Sor Filotea”, “no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino es un papelillo que llaman *El Sueño*”.

.....
⁴ Para Augusto Vallejo, la *Carta al padre Nuñez* es apócrifa.

⁵ Ya pueden consultarse, en la edición facsimilar publicada en 1995 por la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, los tres volúmenes originales de las *Obras* de sor Juana, prologados respectivamente por Sergio Fernández, Margo Glanz y Antonio Alatorre.

B) “Jamás tuvo maestros...”

Una gran parte del tercer tomo de las obras completas de sor Juana, publicado en 1700 con el título de *Fama y obras póstumas*, la ocupa una serie de textos laudatorios escritos en verso y prosa por sus admiradores, la mayor parte españoles y algunos novohispanos. En ellos se manifiesta un gran asombro ante dos hechos, primero, que tanta sabiduría y arte cupiesen en una mujer y, segundo, que esa extraordinaria mujer hubiese aprendido tanto a pesar de carecer de maestros. El padre Diego de Heredia, rector del Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid, manifiesta de la siguiente manera su estupor:

[...] en una mujer que, como parece de fundamentos innegables, jamás tuvo maestros, que al empezar estudios de tantas y difíciles facultades como muestra saber, siquiera la explicasen los primeros términos o le sirviesen con su autoridad de que el juicio de la principiante descansara de aquellas dudas, que en un entendimiento ignorante aun y muy capaz resulta por fuerza al empezar cualquier estudio. Al fin, esta señora no tuvo Sócrates de quien creyese por ciencia cabal el dicho ajeno (*Fama*, pp. 13-14).

Aprendizaje difícil, asombroso, el que se emprende a solas, careciendo de guía y de diálogo. Arduo camino del que también se queja la propia sor Juana,

cuando comenta en su Carta al padre Núñez, “[...] no me he valido ni aun de la dirección de un maestro, sino que a secas me las he habido conmigo y mi trabajo” (CN, p. 622).

Habérselas consigo misma para poder aprender a solas lo que en la Universidad los varones aprenden, bajo la dirección de numerosos maestros. Este problema, el del autoaprendizaje de sor Juana, ocupa un lugar muy especial en la biografía de la religiosa, constituye un tema reiterado por ella y por sus contemporáneos, aquellos que alabaron o criticaron su figura. Y es natural, la importancia de la monja, su fama, creció a medida que sus proezas intelectuales provocaban el “pasma”, el espanto, el desconcierto en la corte virreinal, y luego, en la metrópoli y en toda la extensión del mundo hispánico. Esa celebridad y esa importancia, basadas en su sabiduría, en la gran variedad de noticias que la hicieron famosa, difundieron sus obras y la convirtieron en un prodigio de las Indias, una especie de riqueza intelectual, semejante, pero mucho más apreciada que el oro extraído de las minas. El Padre Calleja, su gran admirador y biógrafo, resume esa idea cuando exclama:

Sabed, que donde muere el sol, y el oro
dejar por testamento al clima ordena,
le nació en Juana Inés otro tesoro,
que ganaba al del sol en la cuantía... (*Fama*, p. 112)

Además de ser transformada en oro intelectual, de ser vista como el más “noble” tesoro extraído de las entrañas de la tierra americana, al ser exaltada sor Juana, se la va adornando de epítetos hasta convertirla en la Décima Musa, en un Fénix de los Ingenios, en una Sibila. Si se descarta el pasmo que su figura provoca, ese pasmo que la transforma en monstruo, en objeto de la mirada, se puede descifrar un signo fundamental: una sabiduría cuya sustancia es difícil de precisar engendra de inmediato una pregunta, ¿se trata de un saber infuso o adquirido, es decir, natural o sobrenatural? Y a esa pregunta se agrega de inmediato otra, ¿cómo ha logrado alcanzarla? Cuestiones ambas que nos precipitan de nuevo y de inmediato en el tema del aprendiz y sus maestros y que ensayaré contestar, como ya lo he mencionado, con sus propias palabras o con las de sus contemporáneos.

C) Los estudiosos primores del autodidacta

Don Feliciano Gilberto de Pisa, otro de los apologistas de la *Fama*, rinde homenaje póstumo a la Musa con estas palabras:

No fue de la fortuna contingencia,
ni de la vana presunción jactancia
aprender sin maestro la sustancia
fundamental de toda ciencia humana...

Y como nadie es más que su maestro,
porque tú misma te excedieses sola,
tú te enseñaste a ti cuánto aprendiste.
(p. 45)

Ya hemos observado cómo en los panegíricos dedicados a sor Juana resalta un dato, el carácter autodidacta de su obra, como consecuencia de una sociedad que les prohíbe a las mujeres el acceso a la educación superior. Por esa misma razón, en su Carta al padre Núñez, la religiosa protesta y pregunta: “¿... los particulares y privados estudios, quiénes los ha prohibido a las mujeres?... ¿Qué dictamen de la razón hizo para nosotras tan severa ley?” (CN, p. 622). Las prodigiosas hazañas emprendidas para alcanzar el conocimiento son obra de una mujer y ese dato aparece, en principio, como uno de los “mayores estorbos” a que puede enfrentarse un ser humano. En su hagiobiografía, ¿no señala acaso su ferviente admirador Calleja: “el impetuoso caudal de su espíritu que encerraba en ese cuerpecito se impacientaba con la orilla que la naturaleza le puso” (AP, Fama, p. 18). A menudo se recurre, para verificar este dato a una anécdota muy conocida narrada por sor Juana en su *Respuesta a Sor Filotea*:

[...] Oí decir que había universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias, en México; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con insis-

tentes e importunos ruegos sobre que, mudándose el traje, me enviase a México, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la universidad... (RF, p. 446).

A la universidad sólo pueden ir los varones. Las mujeres, no, aunque se muden de traje, es decir, aunque se travistan con ropas masculinas. Sor Juana se percata desde muy niña que las etapas necesarias para aprender les han sido concedidas a contracorriente y así lo subraya en un pasaje asimismo muy frecuentado de la *Respuesta*:

[...] digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman Amigas, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que la daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, la dije que mi madre ordenaba me diese lección. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero por complacer al donaire, me la dio. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia; y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón de por junto; y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden. Aún vive la que me enseñó (Dios la guarde), y puede testificarlo (RF, p. 445).

Ha aprendido a leer como resultado de una trampa, una burla, un engaño. Una operación peligrosa que puede traer como resultado un castigo, unos “azotes” o quizá, sorprendentemente, un galardón. Una operación realizada a trasmano y, aunque ilegítima por haberse desarrollado sin el permiso adecuado, forma parte de un esquema materno, el que le permite a una de sus hijas, cuando ya ha alcanzado la edad correcta para hacerlo, aprender a escribir y a leer, proceso que ella desconoce porque es analfabeta. Y de ese impedimento, de esa traba personal, quiere librar a sus hijas, aunque Juana Inés se adelante, precoz, al designio materno y actúe, por ello, a contracorriente. Nótese, además, que el abuelo maravilloso, en cuya biblioteca Juana Inés “... cebó su ansia de saber en unos pocos libros” (AP), no se ha preocupado por que su propia hija se alfabetice, a pesar de que más tarde la hará depositaria de sus bienes.

Sor Juana describe la escena, relata el acelerado aprendizaje, sus resultados y la sorpresa que causa en quienes la rodean. Sorpresa producida por la rapidez con que se ha logrado un adelanto, sorpresa producida cuando se advierte la precoz disposición de la pequeña, de esa niña que asombra, “pasma” a sus contemporáneos. El párrafo se termina, sin embargo, con una aseveración que debe comprobarse: la maestra que le enseñó a leer “puede testificarlo”: es decir, hay que verificar el rápido proceso de aprendizaje de la pequeña superdotada. Calleja cree tam-

bién necesario acudir a un testigo cuando habla de la primera obra en verso que rimó Juana Inés, una loa para la fiesta del Santísimo Sacramento, cuya factura conoció el fraile dominico Francisco Muñiz. ¿Por qué se vuelve necesario apelar a los testigos para que la acción narrada reciba confirmación? ¿Por qué sor Juana y quienes la rodean se preocupan tanto por comprobar que la narración de sus acciones tenga un respaldo de autoridad?

D) Las autoridades

Cuando se trata de una niña, es bueno que se le enseñen “las labores que dependen las mujeres” (*RP*, p. 446), las “menudencias curiosas de labor blanca”, al decir de Calleja o las “habilidades de costura y cosas semejantes”, como las llama sor Juana. Este aprendizaje es ordinario, forma parte de una tradición que se trasmite de generación en generación de mujeres. En cambio, el aprendizaje reservado a los varones está apoyado en otro tipo de tradición, el conocimiento transmitido por las autoridades, y dentro de este término se incluye el saber canónico, el contenido en las Sagradas Escrituras, la patrística y la escolástica, por una parte, y la tradición clásica grecolatina, por la otra, junto con las artes liberales. A eso alude el jesuita Diego de Heredia cuando, al referirse a sor Juana, aclara que “esta señora no tuvo Sócrates, de quien creyese por ciencia cabal el dicho ajeno”, a pesar de la enorme variedad de noticias que posee, y ser, agrega el duque de

Sessa, Félix Fernández de Córdova Cardona, por ello, “en doctrina y en conceptos, tan copiosa”. Un maestro no sólo es el guía con quien se dialoga y a quien se imita, un maestro debe ser capaz de transmitir un saber canónico y ancestral como fundamento indispensable de todos los discursos pronunciados o impresos del siglo xvii.

Y ella no ha tenido ese tipo de maestro, cuenta apenas con una primera experiencia escolar elemental, una experiencia que habilita solamente para leer, escribir, contar y para toda clase de labores de mano. A partir de ese momento, e imposibilitada para asistir a la universidad, coto vedado a las mujeres, la futura monja lee cuanto libro está a su alcance y con su prodigiosa memoria —cualidad necesaria y ejercitada rigurosamente en aquella época— y en soledad —“teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible”— trabaja con voracidad para almacenar cantidades increíbles de conocimiento procedente de variadas disciplinas, un saber complejo adquirido con afán: “[...] no el saber (que aún no sé), sólo el desear saber me le ha costado tan grande”. Ha aprendido “sin maestros la sustancia”.

Es ya un reconocido prodigio: su genialidad es su carta de presentación a la corte. En ella brilla, a pesar de que ha llegado provista sólo de su talento, sin ningún título de riqueza o de nobleza que ostentar. Ha ascendido poco a poco: de la Amiga o escuela elemental ha pasado a la biblioteca de su abuelo, allí trabaja intensamente para poder dejar su lugar natal, un rincón ignorado de provin-

cia, debido a eso, a pesar de que su petición de ir a la universidad no pueda cumplirse, obtiene en cambio que la envíen a la capital del virreinato. En casa de unos parientes cercanos prosigue su tenaz labor de aprendizaje: “¡Y que haya sido tal esta mi negra inclinación, que todo lo haya vencido!” (*RF*, p. 451). Labor de aprendizaje cuya posibilidad de triunfo exige contar con el apoyo de una voluntad constante e inflexible:

[...] fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones —que he tenido muchas—, ni propias reflejas —que he hecho no pocas—, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí (*RF*, p. 444).

La entrada a la corte ha sido preparada cuidadosamente, llega rodeada de un aura legendaria, contemplada con admiración y mencionada con hipérboles. Ser la “arrimada” —porque éste sería el término que le corresponde, a pesar de su vulgaridad—, o la criada, como insinúa Calleja o como después ella misma asegura en sus sonetos cortesanos, puede trascenderse gracias a un método cuidadosamente elaborado para convertirse con celeridad en favorita de los virreyes:

Aquí me pesa el descarte que hice al estilo de panegirista, porque no se haría sin hipérbole verosímil, cuánto cariño (y ¿por qué no veneración, si hay mo-

dos de servir que dominan su albedrío a los dueños?) la cobraron sus Excelencias, viéndola que acertaba, como por uso, en cuanto sin mandárselo obedecía. La señora virreina no parece que podía vivir un instante sin su Juana Inés; y ella no perdía por esto el tiempo a su estudio, porque era antes proseguirle hablar con la señora virreina (AP, p. 20).

La tajante descripción de Calleja no nos deja lugar a dudas. En la corte, Juana Inés continúa su aprendizaje, de ahora en adelante bifurcado. Cautelosa, prudente, discreta, observa a su alrededor para iniciar otro tipo de educación, la que le ayuda a proseguir en su inclinación, un aprendizaje calculado, matemático, implacable, el aprendizaje de la cortesanía: agradar, seguir a los poderosos, “hablar” con ellos o con la virreina (¿no sería simplemente oírla?) es de hecho la única manera de proseguir —palabra clave— con sus estudios.

Juana Inés tiene que desplegar un prodigioso abanico de saberes. Saberes contradictorios pero complementarios. Resumo: primero, el saber que “deprenden” las mujeres, pues “¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina?”. Saber apoyado en autoridades femeniles; segundo, un saber elemental y que, sin embargo, no suele considerarse necesario para el sexo femenino, el que comprende la lectura, la escritura y la aritmética; tercero, un saber multidisciplinario, adquirido mediante la ingestión desordenada de materiales muy dispersos, ob-

tenidos en los libros que se encuentra en el camino, saber legítimo, el de las autoridades, tradicional, jerárquico, oficial, es decir, un saber eminentemente masculino. Por último, Juana Inés consigue adueñarse de un saber muy sofisticado, artificioso, delicado, el de la cortesanía, un saber adquirido gracias a una sumisa observación y a un ejercicio de seducción que el joven aprendiz va perfeccionando con suma habilidad y constante paciencia, en suma, un arte de ingenio.

E) ¿Sabiduría infusa o adquirida?

He intentado aclarar el camino recorrido por la joven Juana Inés en su esfuerzo por adquirir conocimiento, a pesar de ser mujer. Sería oportuno intentar encontrar una respuesta para la otra pregunta que antes formulara: ¿se trata, en el caso de sor Juana, de un saber infuso o de un saber adquirido? Parecería obvio, por lo que hasta aquí se ha analizado, que el enorme esfuerzo desplegado por la joven demostraría con creces que ese saber había sido el producto de un ejercicio sistemático de paciencia y voluntad, o de “un intenso cuidado”, si lo decimos con palabras de la autora.

No se puede apreciar ese proceso sin entender la religiosidad inherente a la época en que vivió sor Juana, un periodo histórico en que la religión católica domina y cuyos códigos debemos descifrar. Uno de ellos es el de la literatura hagiográfica —la vida de los santos o

de los aspirantes a la santidad—, indispensable en este caso, pues no debemos olvidar que sor Juana profesó como religiosa, y como bien dice Alatorre, “eso que un hombre moderno encuentra ‘violento’, ‘excesivo’, y ‘peligroso’ no era tal para quienes vivían en el siglo de sor Juana, sino cosa muy buena y santa” (CN, p. 599). Y, efectivamente, esas cosas buenas y santas deben decirse cuando se trata de una monja e insertarse dentro de un discurso hagiográfico, único adecuado para ellas. Y en los textos que se le dedican —los textos aparecidos en las múltiples censuras y panegíricos que aclaman su fama— se da por descontado que ese gran talento, que esa “habilidad nunca vista” sólo podía entenderse como un don del cielo. Es un don del cielo, en efecto, y como cualquier piedra preciosa, objeto de perfección, de pulimiento, que ha de encauzarse, apuntalarse durante una vida entera de esfuerzos constantes. ¿No participa también con ese esfuerzo del libre albedrío? ¿No confiere el Señor sus dones divinos para que se reconozca su elección? ¿Y, en consecuencia, no se debe por ello aceptarlos? Así lo entiende el obispo Fernández de Santa Cruz, cuando formula esta advertencia: “Porque sólo es beneficio el que Dios hace al corazón humano previniéndole con su gracia para que le corresponda agradecido, disponiéndose con un beneficio reconocido, para que no represada, la liberalidad divina se los haga mayores” (CF, p. 696). Sor Juana ha recibido esos dones, no cabe duda de que ha sido elegida, una de las

pruebas está en esas proezas realizadas durante su estancia en la corte, proezas que “no caben —concluye el Padre Calleja— en humano juicio”.

Y es justamente aquí donde deben insertarse las famosas anécdotas que ella misma hizo circular, aquellas referentes a sus ayunos o sus mortificaciones, parecidas a los de cualquier monja, cuando eran relatadas por ellas en primera persona o manejadas de manera particular por los religiosos que las utilizaban como materia prima para sus relatos edificantes; anécdotas valiosas convertidas en repertorio de imágenes y acciones modélicas, enriquecidas con minucias decantadas, artificiosas, acrisoladas. Las anécdotas elegidas en la *Respuesta* por sor Juana para dar cuenta de su natural inclinación a las letras y de la técnica cultivada para perfeccionarse en el saber son semejantes a las que elige Calleja en su *Aprobación* para alabarla y retratarla. Y no sólo sucede así porque Calleja haya utilizado para referirlas a lo que la monja dice de sí misma en su *Respuesta* o en la correspondencia que sostuvo con ella; sucede así porque, además, el jesuita y la monja se ajustan a los mismos lineamientos y siguen palmo a palmo las reglas definitivas del discurso hagiográfico; unas reglas recordadas con imperceptible y fino cálculo por el obispo Fernández de Santa Cruz con el objeto de que la monja las cumpla, y a tal grado explícitas en el discurso de la época que de inmediato se perciben y se acatan. ¿No le responde sor Juana al prelado con unas palabras que re-

machan con precisión esta aseveración? “[...] digo que recibo en mi alma vuestra santísima amonestación de aplicar el estudio a Libros Sagrados, que aunque viene en traje de consejo, tendrá para mí, sustancia de precepto” (*RF*, p. 443). El precepto es seguir sin distorsiones el modelo, y enmarcar las propias acciones dentro de lo prescrito, es decir, acatar a la letra el orden instituido. Dentro de ese esquema caben perfectamente las archisabidas anécdotas contadas por sor Juana:

Acuérdome que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderoso en los niños (*RF*, p. 445).

Esta cita puede traducirse por lo menos de dos formas. Una es la ordinaria en esa época, la de la mortificación que consiste en un ayuno prolongado, a menudo transformado en estado de anorexia, vecino de lo sagrado en algunas santas. En sor Juana esta interpretación es válida, forma parte, cuando se ejercita, de los procedimientos normales, de las disciplinas de la vida monacal, y también avisa de los presagios divinos, señales de elección y atisbos para emprender los caminos de perfección y las prácticas a seguir, los imprescindibles ejercicios desplegados para alcanzar la santidad, desde el momento en que a las elegidas “les raya la edad de la razón”. Además, y

esto es lo más importante, sor Juana siempre respetó los requerimientos de su estado, pero los refinó y les dio otro sentido, las pautas seguidas por otras monjas para alcanzar la santidad le sirvieron a ella para acceder al saber. No comer queso fue un ejercicio practicado en aras del saber, cuando todavía no se había decidido a tomar el hábito: “podía más el deseo de saber que el de comer”. Y no comer se convierte en un ejercicio sistemático que revisite por lo menos dos propósitos. Por un lado, forma parte de un arte que reafirma a la voluntad mediante la memoria, es decir, utiliza un procedimiento mediante marcas específicas que agilizan procesos mnemotécnicos, base esencial si se quiere perfeccionar un conocimiento.⁶ Este ejercicio de la voluntad que afecta al cuerpo, el que resulta de la sistemática privación de cierto tipo de alimento particularmente placentero, no va conectado al deseo de alcanzar una comunicación con lo divino, producir una visión o infligirse simplemente un castigo para purificarse o imitar a Cristo, no, esta privación va encaminada a disipar una rudeza, la producida por la ingestión de un alimento, el queso, una “golosina” especial, “que es ordinaria en aquella edad”, y aquí se está refiriendo a su primera infancia, a esa infancia pasada en la biblioteca de su abuelo. Por lo tanto, ya desde muy niña, reitera, “me abstenia de comer queso, porque oí decir que hacía rudos”. Pero, ¿qué significa ser rudo y cuáles sus consecuencias?

.....
⁶ Yates, Frances A., *El arte de la memoria*, cap. IV.

Según el *Diccionario* de Covarrubias, “rudeza significa quien tiene poco saber y ruin disposición para depren-der, y es rudo, por consiguiente, el hombre de ruin inge-nio y tardo, que no está labrado, como si cortásemos un palo y no le quitásemos todo lo que puede embarazar a pasar la mano por él”. No comer queso forma parte de un sistema de aprendizaje, ya se encamine esa técnica a con-seguir el cielo o el saber. Es así que este hecho tan simple en apariencia, pero fundamental porque se trata de uno de los pocos datos a los que Juana Inés hace referencia cuando habla de su infancia, y además es un signo se-mejante al que usan las otras monjas cuando escriben su vida, nos remite, insisto, primero a un elemento hagio-gráfico, un acto de conducta que prefigura una elección o una vocación y luego a una técnica que forma parte de un arte constituido por reglas específicas que recuerdan el arte de la memoria tradicional. Y en el caso específico de sor Juana, ese arte se apuntala en reglas corporales, en formas de mortificación ejercidas contra el cuerpo para que la inteligencia se refine. O mejor, para que la inteli-gencia natural encuentre un apoyo en el propio cuerpo, convertido así de una manera muy singular en un lugar de referencia para la memoria.

También puede incluirse en este sistema que se irá afi-nando, al correr del tiempo, el episodio del corte de pelo, estética negativa, necesaria en una monja, cuando en el momento de profesar debe rechazar al mundo, renuncia inscrita en el cabello, el signo más relevante de despojo.

F) Aprendizaje y mortificación: el cabello

Dentro del marco del aprendizaje cristiano está la mortificación. Las monjas poseen sistemas especiales para practicarla. El corte del cabello es uno de ellos.

Empecé a deprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud— es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta dónde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal cosa que me había propuesto deprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba en pena de la rudeza: que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno (*RF*, p. 446).

En la cita anterior, la acción represiva de la mortificación no está vinculada con las disciplinas habituales de la vida conventual, sino con un tipo especial de aprendizaje, un aprendizaje que corresponde más bien a los religiosos que a las religiosas, el estudio del latín. Sor Juana se vale de esa mortificación para reforzar su

capacidad de estudio, un antídoto para la pereza y una ayuda memoria para recordar los fundamentos de la gramática latina. Es más, al comentar el pasaje, el padre Calleja lo coloca en su justo lugar, le da el acto de cortar el cabello el mismo papel que jugaba el Decurión, personaje que en los estudios de gramática estaba encargado de tomar las lecciones a otros, y Alatorre añade que se trata de un término de educación jesuítica.⁷ Ese aprendizaje se corresponde además con un deseo interesado, el de Núñez de Miranda quien, percatándose de la inteligencia prodigiosa de la joven Juana Inés y, “(puesto) que la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no hay necio que no quiera echar su borrón” (AP, p. 22), decide apartarla de los peligros del mundo, alejarla de la Corte, y convencerla de que se consagre a la vida conventual, máxime que, insiste Calleja, “claro estaba que no le había de parecer difícil caber dentro de un alma tantos talentos de sabiduría, hermanados con grandes virtudes religiosas” (AP, p. 23), y, en consecuencia, para reforzar su inclinación y responder a sus altísimas dotes, decide Núñez ayudarla a aprender latín, cosa que ella agradece cumplidamente, “aunque no niego deberle a V.R. otros cariños y agasajos muchos que reconocer, eternamente, tal como el de pagarme maestro, y otros (CN, p. 624)”.

.....
⁷ Alatorre, Antonio, *op. cit.* (p. 492).

Es evidente que, de nuevo, este ejercicio de mortificación está relacionado con la necesidad de refinar el intelecto, de mejorar la disposición natural para aprender, hacer desaparecer la rudeza, labrar la mente, con mayor celeridad, como si fuese un objeto que se ha de esculpir, dato que se deduce de la definición de Covarrubias, al decir que lo rudo es lo “que no está labrado, como si cortásemos un palo y no le quitásemos todo lo que puede embarazar a pasar la mano por él”. Cortarse el pelo es desembarazarse de la torpeza, de la ignorancia, de la rudeza.

Es bien conocida la connotación erótica que tiene el cabello. Sor Juana lo reconoce: “siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud— es tan apreciable el adorno natural del cabello”; forma parte de la belleza corporal, es más, el cabello resalta la hermosura, forma un halo alrededor del rostro, lo hace florecer, resalta las facciones, subraya la juventud o denota, a su tiempo, la vejez, es, además, signo de fuerza, ¿no la tenía Sansón en los cabellos? Y en este sentido, precisamente, dentro de los panegiristas de la *Fama* es doña María Jacinta de Abogader y Mendoza, inscrita, como debe de ser dentro del libro, en un grupo mujeril, quien hace una curiosa asociación:

Con la falta del cabello,
pierde las fuerzas Sansón,
y de nuestra Julia son
más activas con perdello.

(*Fama*, p. 91)

En el fragmento anterior se implica que, siendo mujer, al cortarse el pelo, Juana Inés gana fuerzas contra el mundo, fuerzas efectivas, porque, debe insistirse, cuando se inflige esa mortificación aún vive en la corte y es adolescente. Esas fuerzas derivan, o mejor, se añaden a un proceso especial de aprendizaje, sacrificar la vanidad para alcanzar el conocimiento: “que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno”, en tanto que las monjas sacrifican su cabello —la vanidad de su belleza— para alcanzar la santidad.

Mucho se ha especulado sobre las posibles situaciones amorosas que vivió Juana Inés durante su breve paso por la corte, yo creo que de acuerdo con ella misma y, en especial a partir del pasaje que comento, podría inferirse que su dedicación al estudio revistió la forma de una pasión amorosa intensa. ¿No vincula ese cortarse el pelo con la vanidad que se deriva de la posesión de un cuerpo hermoso, coronado por ese “adorno”, a la vez natural y artificial? ¿Acaso no se viste la cabeza con el pelo en trenzas, bucles, madejas, y no es asimismo el cabello una proliferación biológica normal? Esos “bellos rizos”, esa “trenzada hermosura”, imágenes suntuosas, favoritas y constantes en la poesía de los Siglos de Oro, exaltan la corporeidad, la definen, la engalanan y, sobre todo, la suponen, es decir, al mencionar el cabello se alude al todo, al cuerpo entero.

En el romance que empieza “Lámina sirva al Cielo tu retrato”, dedicado a la condesa de Paredes, sor Juana elogia su cabello:

Cárceles tu madeja fabrica
dédalo que sutilmente forma
vínculo de dorados Ofires,
Tíbares de prisiones gustosas...
(OCI, p. 172)

En el retrato versificado de doña María Luisa, el cuerpo mundano aparece en su total y exacta proporción, es un todo, y por eso el uso de la sinécdoque es absolutamente innecesario. El cuerpo de la joven Juana Inés, mirado desde la perspectiva de sor Juana, la monja, se vuelve un cuerpo religioso, concentrado en el cabello, un cabello castigado, escarmentado, semejante por el uso metafórico que de él se hace a esas imágenes vinculadas a las similitudes corporales empleadas como los lugares estratégicos de una memoria artificial (Yates).

El cuerpo purgado de su adorno más visible, se domina para incrementar la memoria y facilitar el aprendizaje; el pelo se transforma en un mandamiento que remite a una ley. Don Francisco Bueno, otro de los admiradores de sor Juana, lo ha captado en su sentido más profundo:

Ley al cabello impuso, y por camino
de no estampada huella,

cortó lo hermoso, para ser más bella.
La trenzada hermosura
con la del alma puso en competencia;
y con sabia cultura,
atando los cabellos a la ciencia,
los hizo, con preceptos,
crecer sutiles, a peinar conceptos.
Cuantos rizos cortaba,
al alma iguales, a crecer volvían,
pues las hebras doraba
de lo que ella se ilustra; y más nacían,
que rayos de su oriente,
altos discursos de su docta frente.
El adorno del pelo
sin saber, le tenía por agravio,
y a impulsos de este anhelo,
amenazó las trenzas con lo sabio,
sin crecer a la palma,
hasta igualar lo hermoso con el alma.
(*Fama*, pp. 53-54)

G) La asamblea de los sabios

Ya es mujer que sabe latín: conoce las disciplinas más diversas, su belleza es muy grande y su discreción perfecta. Puede graduarse. De manera vicaria, el palacio le ha servido de universidad, allí se doctora o, por lo menos obtiene un diploma, el de las “cuatro bachillerías”

mencionadas varias veces por la monja en sus escritos autobiográficos. En esta perspectiva puede entenderse la tan recordada escena que describe a Juana Inés sentada en el banquillo de los acusados presentando su examen (y a la vez dando lección) ante los más destacados sabios de la Nueva España, frente a todas las autoridades del virreinato, las eclesiásticas, las civiles, las académicas: se han dado cita en el Palacio virreinal para ostentar su severidad de jueces y su ingenio de cortesanos. A pesar de las múltiples veces que ha sido citada, creo necesario volver a reproducir la escena:

Y aquí referir, con certitud no disputable (tanta fe debe al testigo) un suceso que sin igual apoyo le callara, o por no asospecharme de apasionado, crédulo o por limpiar de dudas lo que he dicho y me resta. El señor marqués de Mancera que hoy vive y viva muchos años, que frase es de favorecido, me ha contado dos veces que, estando con no vulgar admiración (era de su Excelencia) de ver en Juana Inés tanta variedad de noticias, las escolásticas tal (al parecer) puntuales, y bien fundadas las demás, quiso desengañarse de una vez y saber si era sabiduría tan admirable, o infusa o adquirida, o artificio o no natural, y juntó un día en su palacio cuantos hombres profesaban de letras en la universidad y Ciudad de México: el número de todos llegaría a cuarenta y en las profesiones eran varios, como teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas, y no

pocos de los que por alusivo gracejo llamados Tertulios, que sin haber cursado por destino las facultades, con su mucho ingenio y su mucha aplicación suelen hacer, no en vano, muy buen juicio de todo. No desdeñaron la niñez (tenía entonces Juana Inés no más que diecisiete años) de la no combatiente sino examinada tan señalados hombres que eran discretos, ni aun esquivaran descortesías la científica lid por mujer, que eran españoles. Concurrieron, pues, el día señalado a certamen de tan curiosa admiración, y atestigua el señor marqués que no cabe en humano juicio creer lo que vio pues dice: *Que a la manera que un galeón real* (traslado las palabras de su Excelencia) *se defendería de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos y cada uno en su clase, la propusieron.* ¡Qué estudio, qué entendimiento, qué discurso y qué memoria sería menester para esto! El lector lo discurra por sí que yo sólo lo puedo afirmar que de tanto triunfo quedó Juana Inés (así me lo escribió, preguntada) con la poca satisfacción de sí, que si en la Maestra hubiera labrado con más curiosidad el filete de una vainica (subrayado en el original) (AP, pp. 20-22).

Para hacer frente a un desafío tan inmenso es necesario poseer un gran entendimiento, un discurso perfectamente organizado y una memoria natural acrecentada por el ejercicio de la memoria artificial. La primera cualidad es un don del cielo, ya que sin enten-

dimiento es imposible ejecutar una proeza semejante, apenas comprensible para el común de los mortales y cuya inverosimilitud engendra admiración y de inmediato, una gran publicidad: “volaba la fama de habilidad tan nunca vista en tan pocos años” (AP), admiración, pero también envidia, persecución, como veremos más tarde. La sabiduría admirable a que se refiere Calleja, y que tanto asombra al marqués, es a la vez infusa, adquirida y artificial. Infusa porque la inteligencia prodigiosa o libre entendimiento es un don divino, natural. Alatorre relaciona esta escena con la del Niño Jesús entre los doctores,⁸ por lo que el dato adquiriría de inmediato una connotación hagiográfica. Y no podría ser de otro modo en un contexto religioso como el de la Colonia: el saber infuso es una muestra de la elección divina, y aunque la comparación con el Redentor niño pueda parecer sacrílega, es habitual en la época, por la tradición que exige remitirse a los modelos, la tradición de las autoridades, y sobre todo al modelo por excelencia, el de la imitación de Cristo. Cabe recordar que la propia sor Juana traza un paralelo semejante cuando compara los sufrimientos de Jesús, supliciado, con los estragos y la persecución a la que la somete la fama.

Pero si bien una parte de ese saber es infuso, pues, ¿de qué otra manera se puede dar cuenta de esa memoria prodigiosa y de ese entendimiento perfecto, sino como el

.....
⁸ *Idem.*

resultado de una elección divina?. Ese saber es también adquirido. Es deber del elegido refinar los dones recibidos y para formular con justeza y corrección un discurso ramificado en varias direcciones y que abarca todas las ciencias humanas y divinas de la época, es necesario fundarlo sobre una memoria innata, natural, trabajada de manera artificial, mediante sistemas y técnicas bien establecidos. Sor Juana discurre con precisión matemática cuando se refiere a las materias escolásticas (“tal al parecer, puntuales”) y con excelente discernimiento (“bien fundadas las demás”) respecto a otro tipo de materias o “noticias” menos graves. Además, preguntada, examinada, puesta en tela de juicio frente a un tribunal de hombres que profesan letras y cuyas profesiones son varias, sor Juana debe elegir con extremo cuidado sus palabras, debe responder con propiedad sobre lo que se le requiere respecto a las ciencias sobre las que es examinada, y también debe esbozar gestos y desplegar una teatralidad como demostración de su discreto ingenio. Su discurso es de palacio aunque el tribunal está formado por eclesiásticos y académicos. Es casi imposible deslindar los distintos tipos de cortesanía, imbricados de manera casi inextricable en una sociedad monárquica y además colonial, una sociedad que teatraliza y convierte en fasto todo lo que toca. Sor Juana es observada y escuchada, y, blanco de la mirada, perfecciona un saber corporal del que luego tendrá que desembarazarse, cuando entre al

convento donde deber simular la pérdida de su propio cuerpo. Antes ya se ha ejercitado, cortándose el cabello.

Lo que importa destacar aquí es un hecho definitivo: Sor Juana no pudo mudarse el traje, no pudo usar ropa de varón y, por tanto, no pudo asistir a la universidad. Su universidad es portátil, fabricada por ella misma, trabajada a domicilio, hecha de correspondencias (en todos los sentidos de la palabra) y está compuesta de todas sus experiencias escolares, las infantiles en la Amiga, las de la pubertad en la biblioteca de su abuelo, las de la cortesanía en la Ciudad de México, en casa de sus parientes los Mata y, luego, en la corte, como miembro del servicio de honor de la marquesa de Mancera. Y con todo, es evidente que la escena palaciega narrada con tanta exaltación por Calleja, da cuenta de un examen con jerarquía académica. En lugar de un tribunal compuesto por algunos catedráticos que constituyen la mesa del jurado, Juana Inés ha tenido, con pompa superior a la desplegada en la Universidad Real y Pontificia de la Muy Noble Ciudad de México un examen de grado del cual ha salido glorificada con una mención extraordinaria, por lo menos un *Summa Cum Laude*.

Es interesante añadir, como nota final, la mención que hace Calleja de esos profesores sin título,

[...] no pocos de los que por alusivo gracejo llamamos Tertulios, que sin haber cursado las facultades, con su mucho ingenio y alguna aplicación, suelen hacer, no en vano, muy buen juicio de todo (AP, p. 21).

No cabe duda, a pesar de haberse graduado, sor Juana cae dentro de la categoría de los Tertulios, aunque se trate en su caso de un Tertulio extraordinario, una aficionada que reúne en una sola cabeza el conocimiento que un conjunto de cuarenta sabios almacena en sus múltiples cabezas.

H) El galeón real y las chalupas

En la escena descrita por Calleja queda de manifiesto un hecho: Juana Inés es juzgada en un certamen al que concurren diversas figuras excepcionales; ese certamen reviste la forma de un concurso palaciego, pero su organización y su resultado hacen pensar más bien en un combate. El jesuita madrileño, buen cortesano, lo disfraza cuando subraya con estas palabras el desafío aceptado por sor Juana, “[...] no desdeñaron la niñez (tenía entonces Juana Inés no más de diecisiete años) de la no combatiente, sino examinada, tan señalados hombres que eran discretos, ni aun esquivaran descortesías la científica lid por mujer, que eran españoles” (AP, 21).

En esas frases se advierte claramente que para celebrar el certamen y poner en tela de juicio la sabiduría de la joven cortesana, se han tomado en cuenta también varios impedimentos, por lo menos tres: la juventud, el sexo y el origen de la examinada. El certamen servirá para comprobar algo definitivo: tratándose de la futura monja, ninguno de esos obstáculos tiene va-

lidez. El certamen propone además una verificación: ¿El talento y la celebridad de la joven, su inteligencia y su fama se equivalen? ¿No serán simplemente el producto de una “admiración vulgar”? ¿El asombro ha sido producido por un fenómeno verdaderamente singular o por una celebridad exagerada y falsa? Dichas posibilidades están implícitas en la formulación de la frase del padre Calleja cuando se refiere a las confidencias que sobre sor Juana le hiciera el marqués de Mancera, quien “quiso desengañarse de una vez, y saber si era sabiduría tan admirable o infusa o adquirida o artificio o no natural...”, en suma, el marqués pretende poner en tela de juicio una construcción que puede falsear a su objeto, y atajar cualquier superchería. ¿A qué responde este juego cortesano? ¿Por qué sor Juana debe someterse a ese juicio grandilocuente, organizado como una ceremonia palaciega? De cierta forma, y ella así lo entiende, ser un prodigio equivale a convertirse en personaje de circo, o en bufón de corte.⁹ El espectáculo teatral en el que Sor Juana es la actriz principal le produce a la vez desasosiego y satisfacción. Desasosiego evidente en estos versos:

Qué dieran los saltimbancos,
a poder, por agarrarme
y llevarme, como Monstruo,

.....
⁹ Glanz, Margo, *Sor Juana Inés de la Cruz: ¿hagiografía o autobiografía?*, México, Grijalbo/ UNAM, 1995b.

por esos andurriales
de Italia y Francia, que son
amigas de novedades
y que pagaran por ver
la cabeza del Gigante,
diciendo: Quien ver el Fénix
quisiere, dos cuartos pague...
(R 49, p. 147)

Ser un prodigio la hace semejante a los que por profesión entretienen a la sociedad cortesana o al vulgo. La fama se construye sobre elementos volátiles, la volatilidad depende fundamentalmente del rumor y el rumor se combate con hechos contundentes. El certamen se escenifica como un duelo y Juana Inés lo advierte, recoge el guante y se prepara para vencer a sus contrincantes y ganar esa batalla. El desafío la obliga a realizar un esfuerzo sobrehumano para superar la prueba, la de demostrar su sabiduría, pero debe asimismo superar los prejuicios que contra ella tienen quienes observan el combate, ¿pues no está casi en la niñez, no es del sexo femenino y no ha nacido en América? El combate reviste la dramática forma de una batalla marítima, semejante a esos combates mitológicos tan vívidos del teatro de Calderón; comparada con “un galeón real”, embestido por embarcaciones minúsculas (las cuarenta chalupas a que se han reducido los examinadores), se deshace de su enemigo como si se tratase de un ejército de juguete.

La “casi niña” se enfrenta a la institución monárquica por entero. Se la inviste nada menos que con los atributos de una embarcación real de la más alta categoría y del más grande calado: los galeones efectúan viajes de ida y vuelta desde la metrópoli hasta el virreinato, con su carga de virreyes, funcionarios mayores y menores, libros, mercancías, y esos galeones regresan hacia España con otros virreyes, otros funcionarios menores y mayores, más mercancías y, sobre todo, con enormes lingotes de oro y plata, metales preciosos arrancados de las entrañas de la tierra americana. Cuando triunfa Juana Ramírez queda realzada por una doble metáfora, es el galeón, el enorme barco que contiene y transporta el oro, es más, ese oro es mucho máspreciado porque es un oro racional, el de esa mente prodigiosa que ofrenda a España sus tesoros, es a la vez el continente más poderoso y el contenido más precioso. Don Alonso de Ota-zo, Caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de su Majestad, su secretario y oficial segundo de número de la Secretaría de Italia en la negociación de Milán, uno de los panegiristas de la *Fama*, dice, haciéndose eco de otros versos semejantes, impresos también allí:

Aplauda tanta lira el nunca visto
mental museo, crítico areópago,
donde la majestad del verso impuso
leyes al vulgo de discursos varios.

Y tú, España, que en números conduces
el más noble tesoro americano,
logra tu mineral, porque no envidies
en Persia pomos, ni en Ceilán topacios.
Goza tanta riqueza, y muerta Nise,
el deleite se alterne con el llanto,
haciendo de tus cláusulas los ojos,
una vez diversión y otra epitafio.

(*Fama*, p. 52)

Los galanteos de palacio, dramatizados en *Los empeños de una casa*, escenifican varios juicios semejantes, y aunque evidentemente mucho más alegorizados, nos pueden servir de ejemplo para advertir su funcionamiento. Norbert Elias, al estudiar la civilización francesa del siglo xvii, define con justeza el ceremonial y la etiqueta que apuntalan a la corte. Incluyo aquí un párrafo que aclara la batalla que libró Juana de Asbaje contra sus adversarios en la corte, esa batalla que estableció para siempre su prestigio. Cabe subrayar que la corte francesa no es idéntica a la corte virreinal, por la sencilla razón de que se trata de un país diferente y, además porque en la Ciudad de México había una corte subalterna que dependía en gran medida de la metrópoli, y también del poder eclesiástico. Con todo oigamos lo que tiene que decir Elias, es pertinente en este contexto:

La participación (en una ceremonia) y (la) autorización (para celebrarla, no tenían ningún objetivo de utilidad... pero cada acto en el curso de la ceremonia poseía un valor de prestigio perfectamente escalonado que se comunicaba a los que en él participaban, y en cierto modo, se independizaba el valor prestigio de aquel acto (es decir), se convertía en *fetiché de prestigio*..., servía de indicador de la posición del individuo dentro del equilibrio de poder entre los numerosos cortesanos..., lo que otorgaba a estos actos su significación grande, seria y grave, era exclusivamente la valía que, dentro de la sociedad cortesana, comunicaban a los que en ellos participaban, esto es la relativa posición de poder, el rango y la dignidad que ponían de manifiesto (sub. orig.).¹⁰

La consecuencia del triunfo redondea el prestigio, es más, hace de él un fetiché.

.....
¹⁰ Elías, Norbert, *La sociedad cortesana*, Fondo de Cultura Económica, México, (p. 116).

Las curiosas manos de una monja jerónima

Debo confesar que cuando María Águeda me pidió que escribiera sobre la poesía de sor Juana, pensé que me era imposible escribir una línea más sobre mi adorada monja, y que, aunque adorada, empezaba a aborrecerla y la sola idea de emprender la tarea, es decir, poner manos a la obra, y escribir sobre ella me era literalmente imposible.

¿Poner manos a la obra, me dije, de repente, deteniéndome? Y en mi obsesión por el fragmento y la admiración que tengo hacia los escritores que lo practican, como a menudo (también) lo practico yo, me decidí, de nuevo entusiasmada, a narrar la historia de mi obsesión o inclinación, como decía la jerónima, la de rozar apenas un fragmento del cuerpo delineado por sor Juana en su poesía, ese fragmento corporal sin el cuál no hubiese podido ni siquiera escribirla, porque como dice Barthes, “el cuerpo es el objeto más imaginario de todos los objetos imaginarios”.

Labores de mano blanca

Elogiándola, el escribano Pedro Muñoz de Castro en su recién iniciado camino hacia la fama, gracias a la relación que ahora sabemos tuviera con sor Juana, dice en su *Defensa del Sermón del Mandato*:

“Mujer de quien, no menos que de las obras de su entendimiento, me he admirado de las de sus curiosas manos. ¡Qué labores! ¡Qué cortados! ¡Qué prolijidad! ¡Qué aseo! ¡Qué delgadeza! Para todo sirve el entendimiento” (f. 3r).¹

No menos entusiasmado, el padre Calleja comenta en su ya casi trillada *Aprobación*: “Y al fin, en dos años aprendió a leer, a escribir, contar y todas las menudencias curiosas de labor blanca; éstas, con tal esmero que hubieran sido su heredad si hubiese habido menester que fuesen su tarea”.²

Y cuando en el mismo texto se relata el archiconocido episodio del galeón real y las cuarenta chalupas, donde sor Juana demuestra su saber ante los innumerales sabios de la corte del virrey de Mancera, Calleja concluye: “El lector lo discurra por sí, que yo sólo puedo afirmar que de tanto triunfo quedó Juana Inés (así me lo escribió, preguntada) con la poca satisfacción de sí, que si en la Maestra hubiera labrado con más curiosidad el filete de una vainica” (Ap. *Fama*, p. 22).

.....
¹ José Antonio Rodríguez Garrido, *La Carta Atenagórica de Sor Juana. Textos inéditos de una polémica*. México, UNAM, 2004, p. 37.

² *Fama y obras póstumas*, México, UNAM, 1995, facs. [7].

Dignos de reflexión son asimismo unos versos de la elegía anónima atribuida a Calleja, aparecida en la *Fama* de 1700:

Aun es fruto moral el de sus flores:
sus canciones, sonetos y romances
que, mandada, escribía en varios lances
muestran en su ajustada consonancia,
sin vaivenes tasados los balances.
¿Más que os diré de ciencias de importancia?
Artes y teología y escritura
sabía sin maestros ni arrogancia [*Ibid*, p. 112].

Versos que reiteran las diferentes habilidades de la monja integrándolas sin distinción dentro de la misma categoría de excelencia, ya se trate de poesía, de ciencias sofisticadas o de simples labores de mano. Calleja concluye: “De Carranza y Pacheco las lecciones/ mostró saber no menos que si puntos/ de cadeneta fuesen sus acciones... [p. 113]”, es decir, que como ella decía, tanto monta hacer versos como sofisticadas operaciones mentales de cosmografía, matemáticas, teología o deshilado. Cabría agregar aquí que Jerónimo de Carranza y Luis Pacheco de Nárvaez fueron especialistas en artes marciales, labores de manos en ese tiempo practicadas solamente por varones.³

.....
³ Cf. Francisco de la Maza, *Sor Juana Inés de la Cruz ante la historia, Biografías antiguas. La Fama de 1700 (noticias de 1667 a 1892)*, México, UNAM, 1980, p. 121.

Y es obvio que esa excelencia no existiría si no existiesen las manos que, en las pinturas donde la retratan, son blancas, regordetas, con graciosos hoyuelos, apenas sonrosadas, mientras sujetan con elegancia una pluma o abren con delicadeza un libro, manos semejantes a las de su amada Fili, descritas en la Décima 132, “cándidas manos en que/ el cetro de amor se ve” (oc, I, p. 261).

La mano de diestra a diestra...

Con las manos se pinta, se borda, se corta, se sostienen las cosas, se golpea, se muele, se martilla, se cocina, se enhebra, se deshila, se degüella, se flagela, se mendiga, se hila fino; actos todos que sor Juana describe en su poesía, actos concretos, válidos en sí mismos en su utilidad y su gestualidad primarias o utilizados como metáforas de gradaciones y sutileza muy diversas; actos manuales, actos mecánicos, en apariencia simples pero organizados siguiendo reglas específicas que exigen una gran sabiduría y destreza para convertirse en un arte o artes diversas, configuradas como artes marciales, de jardinería, de cetrería, de gastronomía, de caligrafía, relojería, contaduría, costura o tejido.

Como bien sabemos, la caligrafía es una práctica manual también dominada por un conjunto de reglas y de gestos precisos, colocan a quien la practica —o la practicaba— en la posición de escribir o por lo menos

dibujar: alguien, por ejemplo, Sor Juana, sentado frente a una mesa, toma la pluma, la afila y la introduce en el tintero antes de trazar con esmero caracteres diversos, para convertirlos en las palabras de un poema o en las de un mensaje o en ambas cosas a la vez. El trazo de esas palabras es tan elaborado como las labores de mano que tanto apreciara Muñoz de Castro; en efecto, la caligrafía de sor Juana destaca sobre la de las demás monjas de su convento. La prueba, el documento notarial reproducido en el libro que Rodríguez Garrido escribió sobre la polémica alrededor de la publicación de la *Atenagórica* por el obispo de Santa Cruz. Documento burocrático donde nuestra Décima Musa estampa en su calidad de contadora del convento de San Jerónimo su firma cuidadosa, precisa, elegante, cuyos rasgos perfectamente delineados contrastan con la caligrafía torpe, débil, rudimentaria o inexistente de sus compañeras de claustro; debajo, la firma de su admirador, el escribano que en unos versos le da la mano: “De escribano a contadora,/ la mano de diestra a diestra,/ él con su fe y esperanza,/ ella con razón y...” (Rodríguez Garrido, p. 36).

Un romance encabeza la edición de 1690 de su poesía, publicada primero con el nombre de *Inundación castálida*, en él describe el ritual de componer versos, distinto apenas en su gestualidad al acto de introducir la aguja en una tela para bordarla o deshilarla y organizar figuras:

Bien pudiera yo decirte
por disculpa, que no ha dado
lugar para corregirlos
la prisa de los traslados,
que van de diversas letras
y que algunas, de muchachos,
matan de suerte el sentido
que es cadáver el vocablo;
y que cuando los he hecho,
ha sido en el corto espacio
que ferian al ocio las
precisiones de mi estado;
que tengo poca salud
y continuos embarazos,
tales, que aun diciendo esto,
llevo la pluma trotando (OC, FCE, I, p. 4).

Curioso dato: escribir versos, labor eminentemente manual, supone una ruptura de las actividades consideradas como productivas; por ejemplo, su trabajo como contadora, cuya ejecución exige asimismo que trote la pluma y, sin embargo, no ocupa un lugar en ese espacio inerte, pecaminoso y breve que supone el tiempo de ocio. También digna de mencionarse es la constancia admirable con que en la descripción de sus labores de mano, introduce subrepticamente, pero de manera definitiva, un fragmento de la historia de su vida, en este caso, su poca salud y el escaso tiempo del

que dispone para realizar lo que más le importa, por lo que “Nocturna, más no funesta,/ de noche mi pluma escribe” (*Ibid*, p. 44).

Hilar fino

En el romance dedicado a fray Payo de Ribera, analizado con perfección por José Pascual Buxó, las labores de mano ocupan un lugar primordial como metáfora de la escritura: “¡Oh, qué linda copla hurtara,/ para enhebrar aquí el hilo,/ si no hubierais Vos, Señor,/a Pantaleón leído!” (OC, I, p. 33); en efecto, reiteran la complicidad entre los miembros de la Ciudad Letrada y subrayan su pertenencia a una misma tradición. Metáfora cortesana, abre paso a un arquetipo profundamente enraizado en la mitología griega donde la muerte se define como la simple y repentina interrupción de un acto manual: las clásicas tejedoras de la mitología clásica detienen su cotidiana labor, definitivamente femenina:

Los instrumentos vitales
cesaban ya en su ejercicio;
ocioso el copo en Laquesis,
el huso en Cloto baldío.
Atropos sola, inminente,
con el golpe ejecutivo,

del frágil humano estambre
cercenaba el débil hilo.
De aquella fatal tijera,
sonaban a mis oídos,
opuestamente hermanados
los inexorables filos (R 1,1, pp. 33-4).

Las visiones infernales a las que el alma se ve librada en su paso obligado por el Leteo, presidido por Cancerbero, reviven y sus fantasmas retoman la actividad manual: el verdugo castiga a los pecadores, para ello utiliza sus instrumentos habituales, el cordel y los cuchillos, los que, aunados a la guadaña y a las tijeras, propios de las labores agrícolas y domésticas, intensifican el significado emblemático de la muerte.

El golpe ejecutivo

Para ejercer su autoridad y sancionar su investidura, Payo de Ribera —a quien sor Juana suplica le administre el sacramento de la confirmación— debe apoyarse en los implementos que a su vez también a él lo confirman como tal, es decir, como arzobispo. Su figura es realzada y habilitada como la de los santos por sus atributos emblemáticos, en este caso, los del pastor, atributos a los que, significativamente sor Juana agrega la pluma, la del funcionario-*virrey* (“Cándido pastor sagrado,/ a

cuyo divino pulso,/ Cayado, Bastón y Pluma/ deben soberano influjo) (R 12, p. 39).

Engrandecido, el arzobispo “empuña sus cargos” al ejercer su oficio, un oficio que para significarse precisa de un acto teatral, aunque a primera vista nos parezca más bien un gesto vulgar: para confirmar a sus ovejas, el pastor les propina un fuerte golpe con la mano:

Y así, Señor (no os enoje),
humildemente os suplico
me asentéis muy bien la mano;
mirad que lo necesito.
Sacudidme un bofetón
de esos sagrados armiños,
que me resuene en el alma
la gracia de su sonido (p. 37).

Y no está de más recordar, como explica el *Tesoro de la Lengua Castellana* de Covarrubias que “recibir un bofetón es infamia, pero el que da el obispo al confirmado, significa la tolerancia y paciencia que ha de tener en padecer por Cristo persecuciones, afrentas y finalmente la muerte”. Y que en el *Diccionario de Autoridades* se nos recuerda que un bofetón es un aparato mecánico, es decir, “una tramoya que se forma siempre en un lado de la fachada para ir al medio la que se funda sobre un gorrón o quicio como de puerta y tiene el mismo movimiento que ella...”

De mano en mano

La poesía de sor Juana suele ser de circunstancia. Varios de sus romances son epistolares y a veces acompañan un regalo o los versos mismos actúan como una ofrenda. Como respuesta a la petición de la marquesa de la Laguna para que le envíe un Cuaderno de Música, sor Juana escribe un romance que Méndez Plancarte ha catalogado con el número 21; habla de un tratado donde intentaba elaborar un nuevo manual para beneficio de quienes deseaban aprender música con mayor facilidad. Su escritura responde a un mandato y por ello es considerada como un tributo, es decir, algo que le es cobrado por algo que ha recibido, aunque se trate solamente de mercedes, pero de regias mercedes; recaudo —es decir, el recado o mensaje que la virreina le manda para que ella responda a su pedido—, como se lee en *Autoridades*, “es la acción de recaudar y vale lo mismo que recado” y para que lo entendamos mejor pone un ejemplo que me cae como anillo al dedo: “El siervo de Dios... mandó a la tornera que fuese a la enfermería y dijese de su parte a las enfermas que él les mandaba que no tuvieran más calentura, y la tornera fue a las monjas con su *recaudo*...”

Sor Juana se disculpa por enviar solamente un simulacro versificado y no el Tratado prometido que se supone existía, pero aquí sólo aparece como metatexto o, mejor, como el fantasma de un texto. En él, explica la monja, si mal no me acuerdo, me parece que decía

que es una línea espiral,
no un círculo, la Armonía;
y por razón de su forma
revuelta sobre sí misma,
lo intitulé *Caracol*,
porque esa revuelta hacía.
Pero ésta está tan informe,
que no sólo es cosa indigna
de vuestras manos, mas juzgo
que aun le desechan las mías.
Por esto no os lo remito;
Mas como el Cielo permita
mi salud más alientos
y algún espacio a mi vida,
yo procuraré enmendarle,
porque teniendo la dicha
de ponerse a vuestros pies,
me cause gloriosa envidia.

Versos cargados de sentido, primero un dibujo que ella misma descalifica, petición de benevolencia y falsa modestia obligadas de la cortesanía, asimismo, un trazo sobre el papel, un dibujo que busca encontrar su forma, la de un arte armonizado que puede codificar un aprendizaje, además, un gesto en donde las manos que se encargan de llevar y traer los mensajes pueden rozarse, aunque de inmediato esa cercanía se diluya y se traslade a los pies como signo de respeto y

obediencia. Un trazo autobiográfico —la intensidad de su vida cotidiana, el poco espacio que sus labores y su salud le conceden a otras actividades que, como antes dije, entrarían dentro del territorio sospechoso del ocio.

¿Se tratará entonces de una carta de amor? Barthes explica en sus *Fragmentos sobre el discurso amoroso* que como objeto y como figura, la carta se dirige a una dialéctica particular, la de la carta de amor, a la vez vacía (porque codificada) y expresiva (porque va cargada de la intención de significar el deseo):

Daros las Pascuas, Señora,
Es mi gusto y es mi deuda:
El gusto, de parte mías;
Y la deuda, de la vuestra.
Y así, pese a quien pesare,
escribo, que es cosa recia,
no importando que haya a quien
le pese lo que no pesa.
Y bien mirado, señora,
Decid, ¿no es impertinencia
querer pasar malos días
porque yo os dé Buenas Noches?
Si yo he de daros las Pascuas,
¿qué viene a importar que sea
en verso o en prosa, o
con estas palabras o aquellas? (33-4)

Sobrescribir la mano

Otra de las misiones encomendadas a sor Juana por la condesa de Paredes es escribirle un mensaje versificado —un romance— a la duquesa de Aveyro. Georgina Sabat asegura, y ella lo ha estudiado muy bien, que fue probablemente la más instruida de las mujeres en su entorno: “Conocía varias lenguas: griego, latín, italiano, inglés y castellano, además del portugués; pertenecía a una rancia familia noble oriunda de Portugal... María Luisa Manrique de Lara estaba emparentada con María de Guadalupe de Lancaster y Cárdenas, a través de la madre de ésta”.⁴

Si tomamos al pie de la letra los elogios que la monja le dedica, podríamos decir que simplemente se contempla en un espejo: hipérbolica mirada, comparable solamente a la que sus contemporáneos lanzan sobre la monja, oigamos al peruano conde de la Granja:

A vos, mexicana musa
que en ese sagrado aprisco
del convento hacéis Parnaso,
del Parnaso Paraíso... (p. 148)

⁴ Georgina Sabat de Rivers: “Mujeres nobles en el entorno de Sor Juana”, en Sara Poot, coord. *Y diversa de mí misma entre vuestras plumas ando*. México, COLMEX, 1993, p. 15.

Comparemos con sor Juana: “Presidenta del Parnaso, /cuyos medidos compases/ hacen señal a las musas/ a que entonen o que pausen” (p. 101).

Lo menciono de paso, aunque es un asunto muy digno de considerarse; quiero indagar solamente sobre los oficios de la mano, la mano en cuanto su relación con la producción material de la escritura, quizá descifrar algunas de sus figuras. sor Juana empieza así su romance: “Grande duquesa de Aveyro,/ cuyas soberanas partes/ informa cavando el bronce,/ publica esculpido el jaspe” (p. 100). Se trata, obviamente, de un tópico repetitivo que los cortesanos conjugan cuando hablan de los poderosos. Los instrumentos de la escritura a los que Sor Juana alude constantemente, la tinta, el tintero y el papel con los que siempre se vale “a secas” y que le sirven para formular sus mensajes, se metaforizan y la pluma acaba convirtiéndose en buril y el papel en metal. Pero, como siempre, la monja va más lejos impulsada por su deseo de vencer la tiranía de lo que la retórica y la cortesanía estipulan, regresa entonces a su humilde oficio y lo practica en su más prístina concreción, ese laborioso trabajo escriturario cuyas implicaciones sin embargo son enormes:

Yo, pues , con esto movida
de un impulso dominante,
de resistir imposible

y de ejecutar no fácil,
con pluma en tinta, no en cera,
en alas de papel frágil
las ondas del mar no temo,
las pompas piso del aire
y venciendo la distancia
(porque suele a lo más grave
la gloria de un pensamiento
dar dotes de agilidades),
a la dichosa región
llego, donde las señales
de vuestras plantas, me avisan
que allí mis labios estampe (p. 103).

Los “cobardes rasgos” de su caligrafía, así como la clausura, la que la encierra “debajo de treinta llaves”, lo “hecho a mano” se trasciende y engendra alas, como en el *Sueño*.

Y para subrayar lo dicho, acudo de nuevo a sor Juana, ya no a su poesía sino a la también muy manoseada *Respuesta a Sor Filotea*:

Es verdad que esto digo de la parte práctica en la que la tienen, pues claro está que mientras se mueve la pluma descansa el compás y mientras se toca el arpa sosiega el órgano, *et sic de caeteris*, porque como es menester mucho uso corporal para adquirir hábito, nunca le puede tener perfecto quien se reparte en varios ejercicios, pero en lo formal y

especulativo sucede lo contrario, y quisiera yo persuadir a todos con mi experiencia a que no sólo no estorban, pero se ayudan dando luz y abriendo caminos las unas para las otras, por variaciones y ocultos engarces... (p. 450).

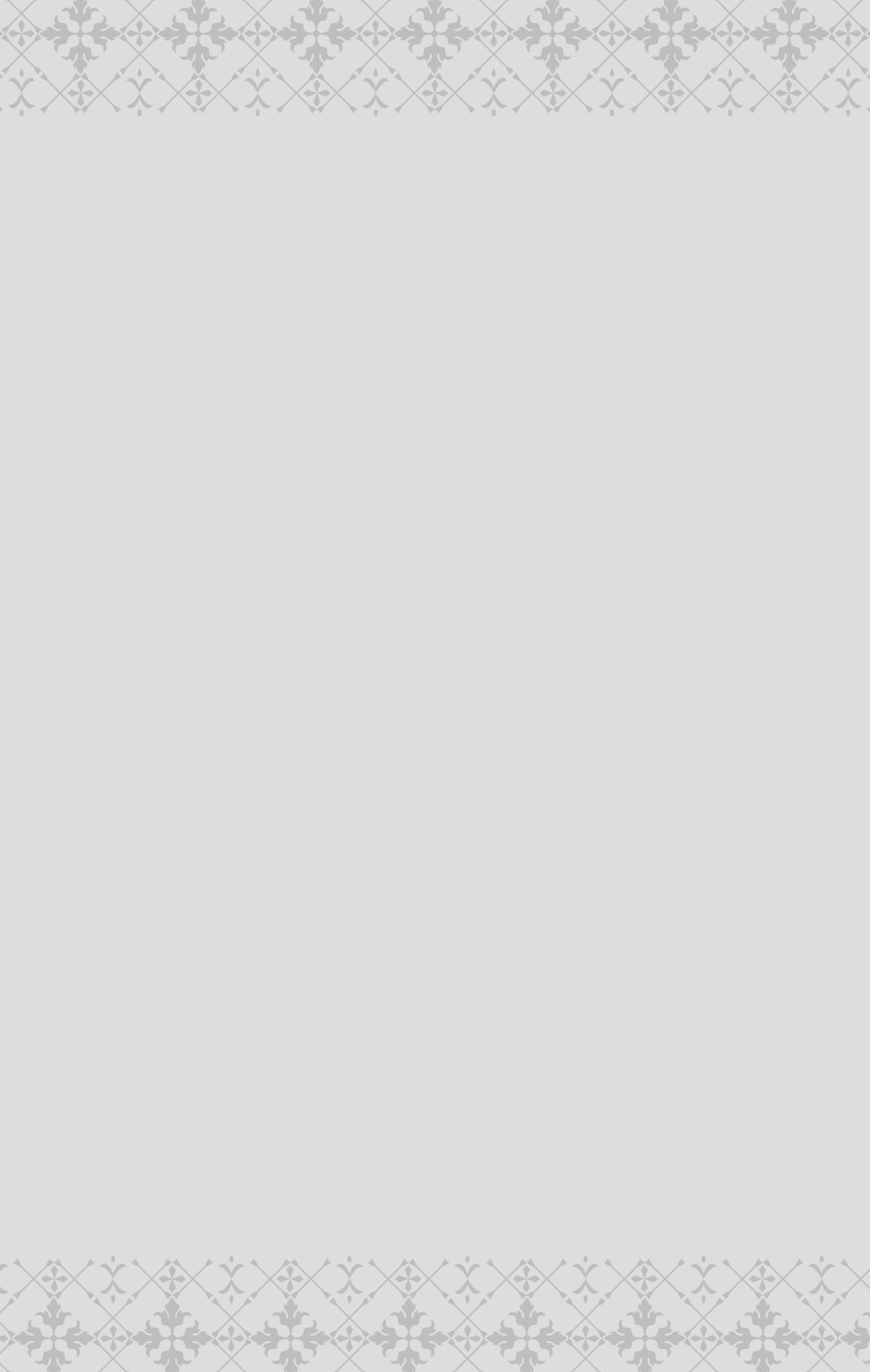
Mano sobre mano

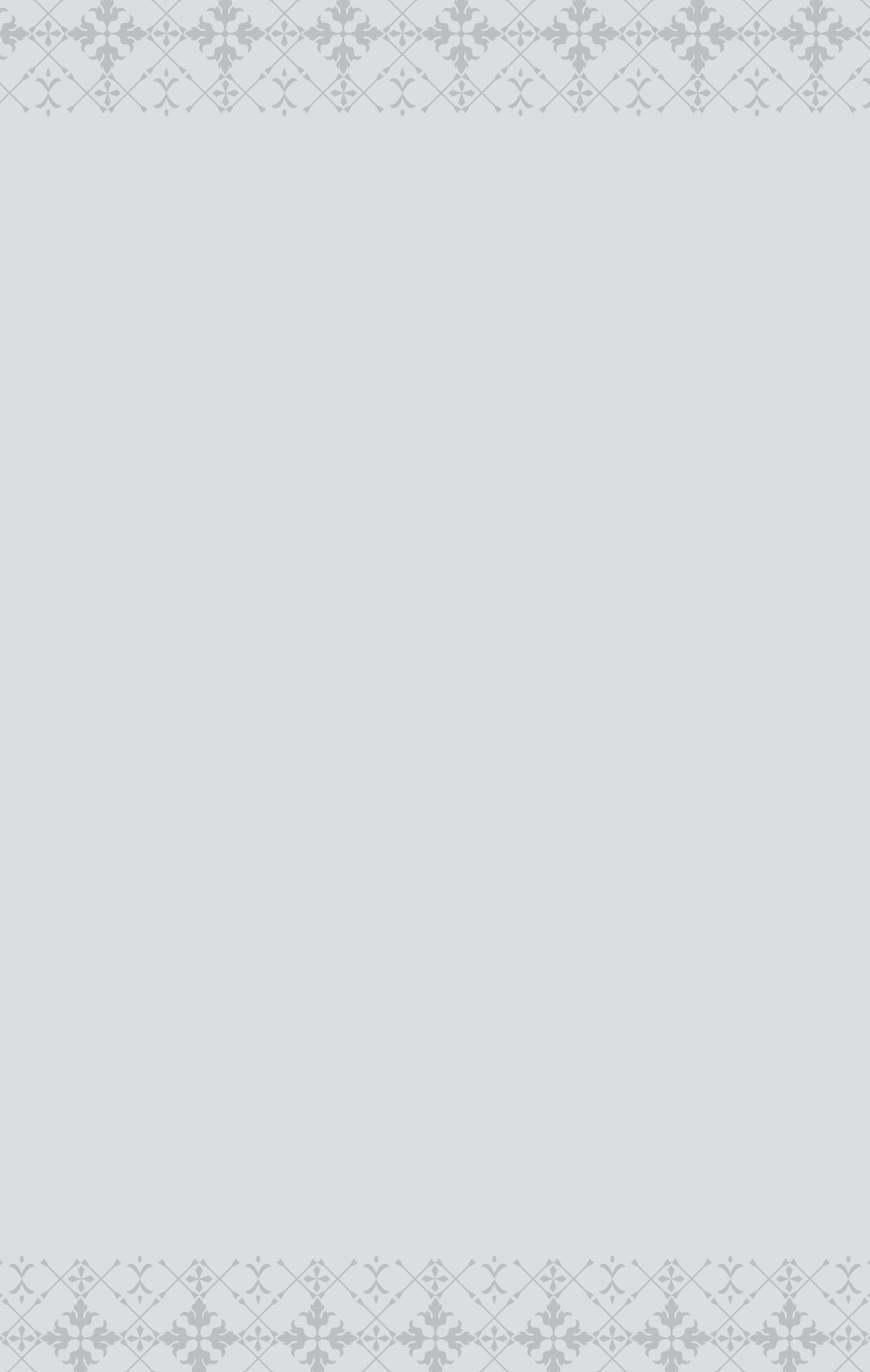
De la hermosa proporción que la marquesa de la Laguna adquiere en el famoso romance decasílabo en esdrújulos, podemos deducir que sus partes, las de la condesa, configuran un todo. Sin embargo, me limito, como lo he hecho hasta ahora en este texto, a las manos, descritas con gran sensualidad por su colorido y materialidad, casi tropical, y al mismo tiempo con un grande temor que distancia y congela:

Dátiles de alabastro tus dedos
Fértiles de tus dos palmas brotan,
Frígidos si los ojos los miran,
calidos si las almas los tocan (173).

“El lenguaje es una piel”, dice Roland Barthes en *Fragments d'un discours amoureux* (París, 1977, p. 87: “[...] rozo con mi lenguaje al otro. Como si tuviese palabras a manera de dedos, o de dedos en la punta de las palabras. Mi lenguaje tiembla de deseo [...]”, y agrega: “Hablar amorosamente es... practicar un contacto sin orgasmo”.

Me detengo, hago descansar la pluma o aparto mis dedos del teclado, y como el conde de la Granja, incapacitado por el asombro que la genialidad de la monja le provoca, hago callar a las musas y pongo, ociosa, mi mano sobre mi otra mano.





**Reacomodos
textuales**
se terminó de editar
en diciembre de 2020
en las oficinas de la Editorial
Universidad de Guadalajara, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas de
Guevara, 44657 Guadalajara, Jalisco

Iliana Ávalos González
Coordinación editorial

Paola Vázquez Murillo
Jefatura de diseño

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Maritzel Aguayo Robles
Diseño y diagramación